HECTOR GALMES

LA NOCHE DEL DIA MENOS PENSADO

LA NOCHE DEL DÍA MENOS PENSADO

3

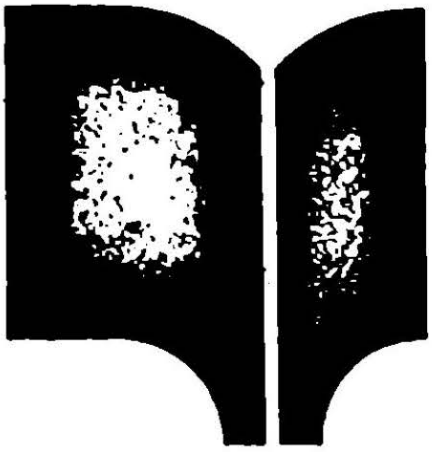
la noche del día menos pensado

cuentos

héctor galmés

prólogo de Alejandro Paternain

lectores de banda oriental



ey 1982

Carátula: pintura del autor
Diseño: Villa.

© Ediciones de la Banda Oriental S.R.L.
Gaboto 1582 - Montevideo - Teléf.: 4 32 06
Impreso en el Uruguay — 1981
Queda hecho el depósito que marca la ley.

PROLOGO

Ni juicio ni semblanza. Evocación, repaso de una trayectoria, sentimiento de un tiempo común. Que Héctor Galmés (n. 1933) es mi amigo desde hace apenas treinta años, no debe quedar ignorado.

Pero más allá de tal circunstancia, los textos de Galmés me llegan dotados de un singularísimo atractivo. En otro momento expresé que esta narrativa se me aparecía como la más importante de las recientes promociones. Y aclaré que no pretendía imponer un gusto, sino manifestar una apuesta. Faltó revelar las razones de esta predilección. Ha llegado la hora de hacerlo.

Los años cincuenta

Eran, para nosotros, los tiempos del Gran Sportman, de la amistad en los patios del Vázquez Acevedo, de las esperas amargas antes de los exámenes. Coincidimos con Galmés en lecturas y en gustos, en aceptaciones y en rechazos. Rechazábamos el aburguesamiento, los códigos, las costumbres. Nos gustaban (¿qué otra cosa podía esperarse?) las criaturas femeninas, las confidencias consoladoras, el jugarnos enteros —aunque en estilos disímiles— por las musas (también las de carne y hueso). Yo le confiaba mis lecturas de las traducciones de Goethe; él, las de Boccaccio. Por sobre eso, nos comunicábamos nuestra inexperiencia radical acerca de casi todo. Y tal condición nos hermanaba: supliamos la vida aún no vivida hablando de nuestros proyectos, de lo mucho que pensábamos leer, de las montañas de cuartillas en blanco que nos aguardaban y que habrían de granjearnos —en un plazo muy lejano, pero también muy cierto— algún ángulo oscuro en el Panteón Nacional.

Nutrimos tanta dichosa ingenuidad desertando de los estudios de Derecho —que nos horrorizaban— y filtrándonos en las aulas donde se estudiaba a Cervantes y a Shakespeare, a Góngora y a Bécquer, a Homero y a Quiroga. ¿Habrá que relatar nuestra asistencia a la Facultad de Humanidades en su vetusto edificio de Cerrito y Lindolfo Cuestas? En esos años, aprendíamos con Roberto Ibáñez, con Paco Espínola, con José Bergamín, y comentábamos lo escuchado y lo leído en las mesas del

Tupí viejo. Asistíamos a los cursos como oyentes —eufemismo que disimulaba nuestra condición vagabunda, con algo de bohemia fiscalizada por un entorno familiar y social sin fisuras. Yo admiraba en Galmés su voracidad lectora y su disciplina: era capaz de aislarse en aquel colmenar de la Biblioteca Nacional, cuando funcionaba en una esquina de la Universidad, y pasarse horas leyendo todo lo que yo ignoraba. Por él conocí a Kafka y su mundo de pesadillas, a Valery y su coraje para abordar el cosmos sin estridencias, a Heidegger y al Kierkegaard del "Diario de un seductor", a Thomas Mann en sus reales dimensiones, es decir, como genio verdadero. Y por él me llegó el Rilke de los Cuadernos, el de las exploraciones interiores, el de la poesía entendida como experiencia. Vi en Galmés tan íntegra y natural manera de vivir el hecho poético, que le atribuí —convencido— un destino consagrado a la poesía lírica. Hoy, sin embargo, tenemos a un prosista. ¿Se desvaneció, acaso, aquella experiencia de que hablaba nuestro querido y venerado Rilke?

La poesía recuperada

No lo creo. Después de los años en Humanidades —irregulares y escasos— Galmés levantó vuelo y se nos fue a Dolores por una larga temporada, a trabajar en la enseñanza. También se había ido de Montevideo José Bergamín. "La vida nos va largando sin andadores", comentó un amigo, "se nos van los maestros, y se nos van los compañeros". Era exacto: de golpe, las cosas cambiaban. Pero desde Dolores llegaron las cartas de Galmés. Eran, en su género, magníficas. Y son una riquísima reserva para conocer su evolución interior de aquellos tiempos, en que la vida nos dio —como experiencias centrales— privaciones, ausencias, añoranzas de los seres queridos. Eran cartas de prosa inteligente, aligeradas de su pesadumbre inevitable por un humor que alcanzaba muchas veces, auténticos y felices momentos creadores. En ellas aparecía ya el prosista de "Necrocosmos" (1971) y de "Las calandrias griegas" (1978) —sus dos novelas— y de varios de sus cuentos. Un prosista que oscila entre la nostalgia y la conciencia dolorida del tiempo presente, entre la risa y la amargura resignada y mansa, entre la sensualidad para las descripciones, los sonidos, los colores, y la ternura hacia quienes han perdido —sin darse cuenta, en cualquier recodo de la vida— sus ambiciones y sus sueños, y que no saben qué hacer, ya, con tanto cariño sin objeto y sin futuro.

En esa ternura, y en esa sensualidad de raíz erótica, está recuperada la poesía. También, en esa imaginación que sostiene y valida las más increíbles situaciones; y en esa sensibilidad que pinta a la mujer como

pudiera hacerlo el más refinado de los retratistas. Así se vio en "Necrocosmos"; y así se confirmó en "Las calandrias griegas". La primera narrando los afanes urgentes por cambiar de aires, por alcanzar otros lugares y otros sitios donde se compartiese una vida en plenitud, aun a sabiendas de que hay pocas esperanzas de lograr plenitud alguna. La segunda, trazando un cuadro de postergaciones, de realidades inalcanzables, de existencias que van estancándose sin remedio, de recuerdos que a la vez hostigan y embelesan. La prosa con que Galmés se ha dado a conocer llevó su tiempo de maduración. Trabajó sus instrumentos sin prisa, y cuando juzgó que había llegado el momento, reveló el caudal de experiencias cosechadas a partir de aquellos años de formación. Pero es la misma prosa de sus cartas juveniles. La misma, aunque dotada de un estremecimiento nuevo: lo "poético" recuperado.

"Volar es humano"

De los doce cuentos de este volumen, algunos ya fueron publicados en revistas y antologías. Otros, como "La infancia de Adán" conocieron, en la novela "Necrocosmos", una primera versión. Sobre uno de ellos —"Suite para solista"— elaboró Armonía Somers un análisis que no debiera olvidarse.* Se apuntan allí varios rasgos decisivos del mundo narrativo de Galmés: las apariciones, lo fantasmagórico, la trascendencia del plano de lo real, la atmósfera poética. Quien desconozca el temperamento del autor, acudirá enseguida a los lugares comunes de la jerga crítica: "riesgos" enfrentados, habilidad —mayor o menor— para "sortearlos", "dificultades" de los motivos, temas o ambientes elegidos, y otras cosas parecidas. Pero no hubo dificultades ni riesgos: es el mundo natural de Galmés, su original —y originaria— visión de los seres y de las relaciones que los ligan o desligan. El recuerdo y el humor son dos de sus fuentes creadoras primordiales. Y también sus sueños: "muchas veces sueño un cuento antes de escribirlo", nos declaró en un reportaje. ¿Puede hablarse de riesgos? Los habría si Galmés escribiese contrariando sus tendencias. Pero él narra desde ese fondo de experiencias que no debiera llamarse fondo, sino aire envolvente que lo acompaña donde quiera que va, como la sombra al cuerpo. Y Galmés jamás olvida a su sombra, ni a sus sombras. Dialoga con ellas, las trata con cariño, con simpatía, con delicadeza. Por tal razón, sus sombras compañeras jamás resultan sombrías. Son risueñas y melancólicas, a medias alegres, a medias tristes, como una silueta chaplinesca. Es probable que cada lector

(*) "Diez Relatos y Un Epílogo". Posfacio de Armonía Somers. Fundación de Cultura Universitaria. Montevideo, 1979.

formule un balance tras el contacto con estos doce cuentos, para elegir según sus preferencias. No ha de ser fácil la elección, porque a pesar de los distintos desarrollos narrativos (más o menos complejos, más o menos resueltos según las exigencias de los desenlaces) hay un mismo sabor y una misma tesitura. Sin embargo, yo me quedaría con dos: el que da título al volumen y "El maná". Es probable que la lectura previa de algunos textos éditos, o el conocimiento de otros mediante charlas y anticipaciones amistosas, me hayan privado del placer de la sorpresa. (Pienso en "Contrabajo solo"; "Suite para solista", "El Puente Romano", excelentes los tres). Es probable, también, que esas vivencias particulares de sensibilidad o emotividad —que son mis compañeras sombrías. por fatalidad o desesperaciones secretas— me conviertan en cómplice de la transmigración, o del afán volador de la mano de Eugenia. "Es preciso entregarse al placer del vuelo, aunque sea breve, ahora que nada vuela". Los psicólogos sacarán sus conclusiones sobre el significado del vuelo. Pero los escritores como Galmés saben —además— que volar dentro de la miga, o del maná, o del cuerpo divino, es regresar a la inocencia original. Y que ese regreso ha de hacerse de la mano del amor. Al fin de cuentas, "volar es humano". Tal vez, demasiado humano.

ALEJANDRO PATERNAIN

EL HERMANO

1

La hora de la oración nos encuentra de pie junto a la ventana. Él reza con la cabeza baja y la mano sobre el pecho; sus labios dibujan palabras en el silencio herido apenas por las voces que suben desde la calle o por el sonido exacto de la podadera. Yo respeto sus largos silencios, pero no me abismo como él ni tengo sed de Dios, sino hambre de este mundo que despliega su belleza ante mis ojos que beben, sin saciarse, el color del verano.

Desde el tercer piso en que está nuestra habitación puede verse todavía un fragmento de playa entre dos altos edificios. El año próximo ya no lo veremos, tampoco a los automóviles ni a la gente que pasea por la rambla: al fondo del jardín ha comenzado a crecer el esqueleto de una torre. Nos van ahogando lentamente. Nuestros naranjos reciben cada año menos sol y el jardinero, que ahora ensaya geometrías en los pequeños pinos, se queja porque las plantas se vuelven mustias. Habrá más vecinos que se sienten a comer, se peinen, lean el diario, y nos envidien por nuestra mansión de tres pisos, con árboles, una fuente y dos estatuas; que se preguntarán por qué estamos siempre juntos y descubrirán un día que somos hermanos siameses, e irán a contárselo al vecino o invitarán a los parientes incrédulos que nos espiarán al tiempo que jueguen a las cartas o tomen el té. Y otro día habrá rostros de niños sorprendidos, de mujeres curiosas, y se abrirán más ventanas en torno al jardín, para que todos violen nuestra intimidad.

Nuestra casa, que hasta ayer descollaba sobre plátanos y techos, abierta al sur para embriagarse con el viento marino que jugaba con el chirriante gallo de la veleta, sufre ahora, aplastada en medio de muros implacables, un paisaje de cocinas y habitaciones sin alma.

Las grandes sombrillas se cierran y desaparecen. Una vela blanquísima transcurre brevemente entre los dos edificios. La penumbra envuelve a los pocos bañistas que vagan por la playa y que ya no tienen sexo, ni

edades, ni rostro; la última explosión de luz con que la tarde se desprende de las cosas, les dará la efímera ilusión de recuperarlo todo. La noche al fin; crece con el olor de los naranjos y Conrado la respira hondamente porque ello alimenta su placer solitario y metafísico. El cielo luce claro todavía. Sobre el cobalto encendido se recuesta la última nube de febrero, sucia y alargada como un ángel disecado.

El jardinero se ha ido.

Mamá pasea entre los arriates, y yo adivino su cotidiana tristeza. Después de recoger algunas hojas que han quedado sobre el camino, se detendrá junto a la "Muchacha que Sale del Mar", y apoyará un codo sobre los pies de mármol. Allí esperará que la noche la oculte. Esa imagen delgada y mineral, que escurre con sus dedos rotos el encaje de las enaguas sobre sus rodillas, mientras a lo largo de sus piernas adolescentes resbalan las gotas pacientemente labradas por un ignorado artífice fin de siglo, configura su sueño irrealizado: la hija que nunca vino a consolarla de la pena que le causa nuestra existencia condenada, hasta la muerte, a esta cárcel epidérmica. Jamás aceptará que tengamos que compartir el mismo exagerado traje, la cama, el horario inexorable. Acaso no ignore qué distancia irreductible nos separa, distancia que ella misma ha cultivado desde los días de la infancia. No pudo mantener en secreto su preferencia por Conrado; la ha traicionado algún gesto revelador, cierta palabra. Nos regalaba juguetes duplicados para que yo no rompiera los de mi hermano; mientras él los sostenía con cuidado y se deleitaba durante horas observando los detalles, los mecanismos, los colores brillantes, yo hacía correr las locomotoras y los automóviles, pero debía esperar que él se decidiera a ponernos en movimiento para ir a buscarlos al otro extremo de la habitación. De ese modo se nos privó del placer de disputarnos las cosas, de compartirlas, de desear las del otro. Nacimos hermanos y nos convertimos en vecinos por medianería de carne. Una vez le pegué y lo lastimé en la boca; la sangre goteó sobre la alfombra, pero él se quedó pálido, sin devolverme el golpe; acaso me sintió tan lejano, que tuvo la sensación de no poder alcanzarme.

El destino dispuso que a mi hermano le perteneciera la derecha y a mí la izquierda. Su mano, que se mueve con seguridad y desenvoltura es fuerte y hermosa; la mía es torpe, y sólo puede escribir o realizar las tareas vulgares trabajosamente. Su mano es ágil y ejecutiva, hábil para el dibujo o el modelado en arcilla. Con el piadoso propósito de no herirme,

nunca lo elogiaron demasiado por eso, pero él sabe que asombra a quienes lo miran, y cuando los presentes enmudecen al ver los prodigiosos movimientos de sus dedos, aflora en sus labios una expresión de soberbia. Las otras dos manos, las que emergen de la "frontera", están atrofiadas, no tienen brazo, y las ocultamos bajo la tela floja de nuestra enorme camisa. Es lo único monstruoso que poseemos. Casi nadie sospecha de la existencia de esas manos inútiles, y cuando alguien las toca (el médico, acaso el sastre) experimentamos un gran fastidio; dato sin importancia si no fuese porque ese fastidio es de las pocas cosas que compartimos (aparte de las que nos impone la necesidad). Desearíamos que se marchitaran y cayeran por ridículas e incómodas. Es muy penoso que algo tan feo sea el origen de un raro sentimiento unánime. No pueden serlo en cambio una idea o alguna valoración estética, pues partimos de puntos de vista diametralmente opuestos. El ha heredado el espíritu de papá, defensor de la libre empresa, y para quien la prudencia y el talento del hombre calculador que amasa pacientemente una fortuna perdurable, eran las virtudes por antonomasia. Después de la cena solía contarnos hechos acaecidos en tiempos de la reina Victoria o de Guillermo II, con nostálgico deleite, como si hubiese vivido en aquel entonces. Conrado escuchaba sin dormirse a aquel hombre vestido con los mejores casimires, sobrio, impecable, bastante reservado, que fue nuestro padre y que ahora se me antoja un ser inverosímil, posible sólo en el gran óleo que domina la sala, y donde su figura, de cuerpo entero, desaparece bajo el brillo del barniz.

Mi hermano sería completamente feliz si lograse realizar una incursión por el mundo, nada más que durante el tiempo necesario para confirmar sus opiniones, y apoyar en su experiencia las convicciones heredadas. Después podría instalarse definitivamente en el tercer piso. Bajaría sólo para comer, pasear por el jardín, escuchar música, sereno y satisfecho por haber superado el temor a los otros, a la multitud que en las tardes calurosas viene a la costa a respirar un poco de aire fresco.

Me pregunto por qué nos habrán inculcado ese temor a la gente. Conocemos a algunas personas que siempre están prevenidas cuando vienen a casa y, como tienen la sana intención de parecer naturales en el trato, lo hacen de modo muy poco natural. Si en lugar de ocultarnos aquí o en el automóvil, nos hubiéramos acostumbrado a las miradas sorpren-

didas, llevaríamos mejor el peso de la desdicha. ¿Por qué la muralla invisible, totalitaria, infranqueable que mamá vigila temiendo que cedamos a la tentación de saltar al otro lado? Es fácil de destruir nuestro miedo; basta con abrir la puerta de calle y comenzar a caminar hacia cualquier parte. Ella teme y su temor se confunde con la vergüenza. No quiere que el mundo vea el fruto de su vientre. Nos ama —no dudo que nos ama—, pero ha convertido la casa en una enorme matriz; se desespera por cerrarla y escondernos. Le digo a Conrado que deberíamos convencerla de que puede vivir sin nosotros, y marcharnos.

—¡Lástima que carezcas de fe! —se lamenta—. Vivirías sin torturas. No me importa que te rías de mis creencias, pero sí que no nos pongamos de acuerdo en algún principio sólido. Podríamos planear con precisión nuestra salida.

—Al menos convenimos en que esto es una cárcel. No haces mucho por evadirte. Temo que nos estrangulemos mutuamente cuando tengamos que discutir el itinerario de nuestra fuga. Nuestra vida es fatalmente una, indivisible, como nuestra muerte. También lamento que en lo demás, quiero decir las ideas, los pareceres...

—No escuchaste nunca a papá. Te burlabas de sus palabras cuando estábamos solos, porque sabías que de ese modo me mortificabas. Asegurabas que él pertenecía a un mundo sepultado. Lo negabas sin tratar de comprenderlo. ¡Si al menos creyeras en Dios!

—Si creyera en Él y pudiera arrastrarme hasta el borde de su manto le rogaría que se apiadara de nosotros y enviase a uno de sus ociosos arcángeles a separarnos con un golpe de espada. Entonces, ¡cómo nos amaríamos, Conrado! ¿Cómo puedes esperar en Él si tienes conciencia de lo que somos? Este mundo no es más que el desván de la creación donde Él ha arrojado todas sus ocurrencias infelices.

—No es posible hablar seriamente contigo, Andrés.

—Reconozco la nobleza de tus sentimientos cristianos, porque no recurres a la violencia. Con tu mano podrías hacerme mucho daño, doblegar mi resistencia, ensayar la persuasión. Pero te reprimes y eso te hace mucho mal. Sucede así porque estamos divididos como el mundo, donde los hombres por lo general se soportan, mientras unos no sepan a ciencia cierta si sus posibilidades de supervivencia se verán comprometidas en la aniquilación de los otros.

—Es inútil continuar —concluye mi hermano antes de sumirse en hondas cavilaciones.

Se hace un largo silencio hasta que uno de los dos sugiere: "Bajemos al jardín", y el otro responde, después de asegurarse de que no sorprenderemos a mamá y al escribano abrazados bajo los naranjos: "Vamos".

2

El escribano viene a visitarnos con más frecuencia, quiero decir, a visitar a mamá. Muy lejos de molestarnos su presencia nos agrada porque es una manera de que ella distraiga su vigilancia y deponga su tristeza. La vez que los sorprendimos nos quedamos inmóviles sin saber qué hacer, hasta que él notó nuestra silueta recortada contra la luz del patio. Estaba tan sereno, que resolvió la situación diciendo, al levantarse, una frase vaga, inconclusa, mientras sostenía la mano temblorosa de mamá: "Los jóvenes deberían saber...", y comenzaron a caminar lentamente dejándonos en la penumbra del jardín. Ella lloraba, pero con un llanto exultante. Aunque Conrado se turbó por lo que había de pecaminoso en aquella escena, sentimos un poco de alegría, pues ella había encontrado a quien confiar su pobre corazón que, de otro modo, se hubiera deshecho de pesar. Ya no se preocuparía tanto por nosotros, lo que significaba para Conrado y para mí un pequeño crecimiento de la libertad. Nos quedamos inmóviles junto al banco de piedra. Yo los seguí con la mirada mientras el pensamiento de mi hermano escalaba el aire sofocante para llegar a la inmensidad de los cielos. Cuando desaparecieron tras los cristales de colores, también quise abandonarme a los espacios infinitos, pero me quedé en la luna amarilla que colgaba de la araucaria como una fruta vieja picada por los pájaros. Tuve que esperar que regresara de allá arriba para preguntarle:

—¿Qué piensas ahora, Conrado?

—Que nos haría bien marcharnos.

—De acuerdo. Tenemos todo el mundo para descubrir, ése que ella nos ha ocultado y que tú supones parecido al que describía papá. Creo que te han engañado. No lo reconocerás en los mapas ilusorios que él ha trazado en tu imaginación. Temo que te desencante apenas asomes la nariz. Aquí te sientes a gusto, ¿no es cierto?

—No calcules la medida de mi paciencia. Podrías equivocarte. Necesitas equilibrio para poder juzgar. Sé sensato, Andrés; si no existe soli-

daridad entre nosotros, al menos juguemos a los hermanos que se aman y se disponen a descubrir lo desconocido. De lo contrario, estamos condenados a no salir nunca.

Esa noche no pude dormir. Cerraba los ojos y veía la luna color cráneo o la muchacha saliendo del mar; por momentos, la imagen de mamá abrazada al notario se superponía a las otras. Desaparecía para que la muchacha con las enaguas pegadas al cuerpo y los cabellos al rostro, emergiera lentamente; y al fin prevaleció y descubrí que su rostro no era el de la estatua sino el de Elisa, la hija del escribano, que suele acompañar a su padre los domingos. Entonces encontré otro nombre para la estatua: El Deseo.

Cuando no es posible dormir, dejo que las imágenes afluyan y me embriaguen. Me olvido de Conrado y gozo de una ilusión de soledad que se extiende en largo desvelo hasta el alba. Y si quiero dormirme, a la hora en que su rostro comienza a aparecer a la luz mortecina, él comienza a moverse, me roba el sueño incipiente y me retiene en la claridad progresiva y mortificante. Me vuelvo hacia él, sabiendo que encontraré su mirada fija y escrutadora y respiraré su aliento dispéptico cuando me diga, como todas las mañanas: "Andrés, vamos a levantarnos. No soporto más la maldita cama".

Y mi verdugo me arrastra a un largo día de tedio y de cansancio.

Yo quisiera que la noche no terminara para poder pensar en Elisa, e imaginar un parque de intrincados caminos para estar a solas con ella, lejos de Conrado, de mamá, de los vecinos. Elisa junto a un árbol, a la orilla del río, en una barca. En cualquier parte donde no haya gente. Nadie me espía. Soy como todos; tengo un cuerpo que me pertenece. Mi brazo derecho ha crecido y además poseo una mano nueva que puede tocar los senos de Elisa, su hermoso cuello. Es una mano virgen que ha nacido para despertar en ella profundos estremecimientos.

Pero Elisa ha crecido. Ya no nos besa cuando sube a saludarnos. Quizás le dijeron que no nos besara, para evitar problemas. Desde que se nos murió la inocencia y sabemos a través de abundante literatura de qué placeres pueden disfrutar los amantes, ella ha ingresado para siempre en el reino de los imposibles. Mi hermano quisiera que nos olvidara, que jamás subiese a nuestra alcoba a interrumpir su diálogo dominical con el Dios celoso; pero ella vuelve y se queda a jugar a las cartas, a leernos poemas, a compartir nuestros silencios. Nos tiende sus manos ovaladas y

tibias; a mí la derecha, a Conrado la izquierda, y se queda un rato frente a nosotros con esa mirada franca y alegre que le da a las tardes en que viene a visitarnos un aire que no hallo en los demás días. Y así formamos la extraña ronda del bicéfalo y la bella criatura que nos envía el cielo para que sepamos cuántas delicias nos están vedadas en la tierra.

Ella nos mira sin la aprensión con que nos observan los otros, que parecen no poder evitar el pensar en lo incestuoso. Imagino las preguntas que se harán cuando salen a la calle después de haberse mostrado tan amables con nosotros. Ignoran la fuerza que nos da la vida, a modo de compensación, para reconstruir constantemente los vacilantes diques que levantamos para contener las tentaciones. Yo puedo hacerlo todavía sin la ayuda del cielo; mi hermano, en cambio, consiguió un salario de consuelo a cambio del fracaso de la voluntad, cuando recurrió al Señor, avergonzado por su reiterada debilidad. Ello ha dejado en mí una secreta sensación de triunfo y la ilusión de haberme quedado con Elisa, de poder huir con ella a través de comarcas imaginarias, escondernos en una morada que inventé entre colinas azules, y amarnos en medio de paredes palpitantes por las que es posible acceder a regiones de infinita belleza. Allí todo exhala una tangible música que, como un licor nuevo, penetra la carne y sustituye la sangre.

Mi hermano nunca la nombra cuando estamos solos, quizá porque ella evoque los apetitos de la carne que quisiera asesinar para escalar hasta los cielos lleno de pureza, libre como el humo de las hojas secas que mamá ha quemado esta tarde en el camino. Todavía se puede esperar la noche con las ventanas abiertas. Ya no hay bañistas ni abigarramiento de colores sobre la playa. Pero el aire de abril alivia mi nostalgia.

3

El señor Valentín quiere entusiasmarnos con la perspectiva de un porvenir brillante. Pretende apoderarse de nosotros pues nos considera su "descubrimiento", y su sonrisa de comerciante persuasivo nos mortifica cada vez que nos habla de nuestras excelentes aptitudes; sin embargo, hemos terminado por venderle nuestra imagen insólita a cambio de una remuneración improbable y la posibilidad de llevarnos a través del mundo con su circo. Ignora que sólo nos importa esto último; el dinero podemos obtenerlo con harta facilidad: basta con escribirle al notario que dispone de nuestros bienes con los que especula en la bolsa de valores.

El señor Valentín conduce con verdadera maestría su pequeño imperio de gente triste y animales enfermos; empleando los recursos de un verdadero mago, crea en el ánimo de todos la necesidad de seguirlo, la bella ilusión con la que disimula el mañana incierto.

Seguramente no me comprendería si le dijese:

"Mire, señor Valentín, si tuviésemos la certeza de que nunca habremos de recibir la paga prometida, lo mismo nos iríamos con usted, porque no es precisamente el dinero lo que nos interesa, y lo que hace que soportemos el olor a estiércol y a lona mugrienta. Lo mismo lo seguiríamos a cambio de la abominable sopa que cocina la mujer obesa. Su propuesta fue humillante, pues consideró usted que nuestra anormalidad podía ser objeto de fácil negociación. Sin embargo, no transcurrieron dos semanas desde nuestro primer encuentro hasta que le dijimos que aceptábamos la aventura. Nos espió, ¿no es cierto?, hasta que estuvo seguro de poder «atraparnos». Era la oportunidad que se le ofrecía para salvarse de la bancarrota y ver la gradería colmada como en los buenos tiempos. Y todo lo atribuyó, equivocadamente, a un triunfo personal; no le importó averiguar el por qué de nuestra determinación, motivada únicamente por la posibilidad que se nos presentaba de conocer por dentro lo que hasta ayer se nos había prohibido. No nos dejaron entrar antes. Nos tuvieron prisioneros en un palacio. Pero ya somos mayores, podemos ir a donde se me ocurra. He roto el cordón umbilical, he sometido a mi hermano que me sigue a cualquier parte porque tiene miedo. No quiere parecer débil ni reconocer su íntima derrota. Por su sangre navega el fantasma de un dios que le recuerda que no debe ceder a las tentaciones. Pero tampoco parece dispuesto a renunciar a su virilidad, él, que creía tener vocación de santo. Hubiera visto usted la serenidad de su rostro cuando rezaba por la tarde, y con qué sublime paciencia aguantó siempre mis impertinencias. No parece el mismo, así, desamparado, desterrado de su paraíso. A veces temo que decida suicidarse. Su muerte me arrastraría, después de abrir en mi carne innumerables túneles, como un zapador. Y yo no quiero morir hasta no haberme saciado. Pero no quiero preocupar a usted con suposiciones tontas. No lo hará, quédese tranquilo, sé que no lo hará. Padece una crisis pasajera, y al fin acabará por liberarse del viejo ser que aún se agita en dolorosa agonía. Ya acepta, sin irritarse, que Cristina, la equilibrista ninfómana, venga a mi lado, se desnude y me ofrezca su cuerpo. Imagine la desesperación de Conrado la vez que se deslizó sobre él en la oscuridad

y le dijo: «Quiero jugar también contigo». Lo sentí temblar, y adiviné una mirada que quiso desgarrar las sombras para suplicarme que lo salvara, que no lo dejara caer.

Usted pensará con razón que nos sería posible conocer mucho más de lo que nos permite el recorrido de su circo, dar la vuelta al mundo en una hermosa nave y comprar todos los placeres. ¿Y qué veríamos entonces, señor Valentín? Gente perfumada y limpia, habitaciones que huelen siempre a lustre fresco, lugares exageradamente prolijos; en fin, el telón de fondo de la burguesía, un espectáculo aburrido que no nos curaría de la vieja soledad. Para las personas de nuestra clase, que revelan un marcado gusto por lo exótico, fuimos al principio un motivo de explicable curiosidad. Los que lograban vernos gozaban de cierto prestigio, pues no era fácil subir a nuestro tercer piso o encontrarnos en la sala cuando venían visitas. Después, cuando nos fueron olvidando, mamá trabajó sutilmente para evitar que saliésemos a la vereda y llegásemos hasta la ansiada amplitud de la playa, y los demás no se *olvidaran del olvido*. Resulta cómico, ¿verdad? Le adelanto que no carezco de humor; otro dato para la lista de nuestras aptitudes. Lo cierto es que nos hemos liberado y ya no nos importa que los niños nos hagan burla. Quería saber acerca de la vulgaridad y oír las voces de esa multitud de seres nuevos, mujeres cansadas de fregar, soldados, empleados, prostitutas, que ahora pueden ver a los siameses, hablar con ellos, tocarlos, cuando aparecen entre los enanos y los monos o cuando reparten en las esquinas los grandes pliegos en colores donde figuramos en tercer término, después de los trapecistas y las focas. Permítame decirle que en lo que usted ha sido un poco cruel es en habernos exigido que descubriésemos nuestro torso ante el público asombrado, para que nadie abrigara dudas. Fue lo único que afectó mi dignidad. Recuerde que estamos aquí y hemos hecho concesiones un tanto desagradables, porque queríamos saber cómo eran estas regiones del planeta, al otro lado de las tapias que ocultan nuestro jardín y fuera del automóvil azul e impecable que nos llevaba sólo por lugares pulcros y elegantes. ¿No cree usted que tenemos derecho a vivir en plenitud? Mi hermano quiso renunciar a ese derecho, pero también a él la tierra lo recupera. Hemos dejado atrás una casa que abandonamos llevándonos de ella la desgracia, y donde vive una mujer de cuarenta años que espera un hijo, al que sentirá crecer en su vientre con el temor de que la historia se repita. Ella también sentirá mucha pena cuando le cuenten que nos

pavoneamos delante de un público ávido de deformidades. Vive con un hombre al que parece amar y con una joven en quien pienso cuando veo a Cristina, *La Novia del Aire* —¿no le gusta ese nombre para Cristina?— caminar por el alambre como si su cuerpo enamorado no tuviera peso.

Elegí el circo por lo que tiene de pagano. La convivencia de los hombres con las bestias, de la belleza con la fealdad, de la ilusión con el desencanto, fue la única circunstancia apetecible que me ofreció la vida. Cuando uno observa con qué abandono se desnudan los cuerpos y con cuánto amor le hablan los histriones a los animales, se convence de que lo irreal y lo monstruoso está fuera de la gran carpa, al otro lado de la valla de madera azul y roja. Usted no lo verá así, pero se lo digo para que sepa por qué elegimos esto y no la casa especializada en filatelia, donde clasificaríamos miles de estampillas, o el voluminoso archivo de la compañía de seguros, como quería nuestra madre por sugerencia de su marido. Porque algo teníamos que hacer, y lo mejor, según ellos, era sepultarnos en una oficina silenciosa y poco concurrida. El automóvil nos llevaría y volvería a recogernos. Tuve que convencer a mi hermano de que no podíamos aceptar lo que hubiera significado nuestra castración definitiva. Le digo esto, señor Valentín, para que no se atribuya el mérito de habernos conquistado para su empresa y ser nuestro amo. Bueno, acaso lo sea. Usted está seguro de ello; lo leo en su sonrisa perversa".

LA INFANCIA DE ADAN

Se sabe que Adán vivió novecientos treinta años; y si hubiese tenido infancia habría vivido más de un milenio. Matusalén, que fue parido, llegó a cumplir novecientos sesenta y nueve (sí, 969), por lo que no es insensato afirmar que Adán pudo haber sobrepasado fácilmente los mil, si consideramos que para una existencia de algo más de nueve siglos no parece exagerada una infancia de apenas setenta años. Esto, según la Biblia.

Pero de acuerdo a la versión apócrifa del Libro del Génesis, Adán vivió más del doble de los años computados por la Sagrada Escritura. En efecto, cuando el primer hombre se encontraba al borde del sepulcro, el ángel Satán se acercó a su lecho y le preguntó cuál era su último deseo, pues Dios le concedería lo que pidiese por tratarse del primer desgraciado. (Al igual que el texto canónico, el apócrifo se refiere más de una vez al arrepentimiento del Señor por haber creado al hombre).

Adán, que a lo largo de su vida había engendrado y visto dar a luz tantos niños, a los que siempre envidiaba porque disfrutaban de una dicha que él jamás había conocido, dijo sencillamente, ahora que a él lo iban a dar a sombra:

—Pues quiero ser niño.

A Satán le pareció excesivo. Ni él mismo se hubiera atrevido a tentar a Jehovah a ese extremo. No obstante se presentó ante el trono del Altísimo y le trasmitió el mensaje. Si en los días de Job la relación entre ambos era bastante cordial, en los de Adán fue sin duda excelente; Jehovah no opuso reparos —tal vez para recordarle a Satán su poder ilimitado—, y accedió a satisfacer el inesperado deseo del primer hombre. Para bien o para mal de Adán, dejó el asunto en manos del ángel con la condición de que procediera cautelosamente, de manera de no alterar el curso normal de los acontecimientos a la vista de los demás mortales.

Quienes acompañaban a Adán en sus últimos momentos, vivieron

horas de renovado asombro e impaciencia, no solo porque no acababa de morirse, sino porque cada día que pasaba se sentía mejor; y una tarde pidió que lo levantaran del lecho porque tenía ganas de salir al jardín a la hora de la brisa. Lo sentaron bajo los árboles y lo dejaron solo. Al atardecer acertó a pasar el ángel y Adán lo llamó para preguntarle cuándo iba a ser niño. El ángel Satán le respondió:

—Tienes que resignarte a esperar. Cada día que pase serás un día menos viejo, hasta que vivas el número de los años vividos y algunos más.

Adán se resignó a esperar, y su segunda vejez le parecía interminable. Alguna vez se arrepintió por haber reclamado la infancia. Y como había infinidad de cosas que aún esperaban un nombre, pasó sus interminables días inventándoles uno, así a los árboles como a las montañas, a los pájaros, a las piedras, y a todo lo que hasta ese momento había sido señalado con el dedo sin que se supiera cómo llamarlo. Era como si los creara de nuevo. Y reunía Adán a jóvenes y adultos para enseñarles los nombres de las cosas. Siempre llegaba alguien trayendo insectos que emitían luz, piedras huecas que contenían agua y que, al partirlas, fascinaban los ojos con despilfarros de destellos; flores que se cerraban al ser tocadas, otras que adormecían no bien se aspiraba su perfume; y Adán hallaba un nombre para cada cosa, y cuando pasaron tres siglos, creyó que ya no tenía necesidad de inventar más palabras. Le vinieron ganas de viajar, y halló montañas, fuentes, ríos, más piedras, más animales, infinidad de plantas que esperaban un nombre para existir de veras. Por la noche, Adán casi no dormía para poder contemplar el cielo estrellado e inventar palabras con que nombrar a las constelaciones.

Cuando llegó a contar novecientos treinta años desde el día en que en vano esperaron su muerte, llamó a Satán y le preguntó si ya era tiempo de ser niño. Le contestó que no, que aún debía esperar. Dedicó entonces todo su tiempo a disfrutar los placeres de la vida, pues era tan joven como el día en que había sido creado y se sentía lleno de fuerzas. Conoció muchas mujeres y engendró infinidad de hijos.

Hasta que comenzó a sentir un extraño cansancio y no tardó en darse cuenta de que se estaba arrugando. Además se olvidaba de los nombres de las cosas y debía preguntar a los demás, quienes ignoraban que él era el mismo Adán. Había tanta gente sobre la tierra que no le fue posible reconocer a los hijos de su segunda juventud, ni a sus esposas, ni a sus

concubinas, ni a los hijos de sus hijos. Era imposible recordar tantos nombres. Y los demás no acertaban a explicarse quién podía ser aquel hombrecillo, cada vez más arrugado, que decía llamarse Adán; muchos eran los así llamados, aunque él afirmaba ser el primero por ser el único que carecía de ombligo; y se levantaba la túnica para que lo comprobaran. Pero nadie pudo advertir la falta de ombligo ni la cicatriz por donde le fuera sacada una costilla; tan arrugado estaba Adán. Por otra parte, ya nadie era capaz de creer que un hombre pudiera haber vivido más del doble de los años de Matusalén. Ni con ayuda de Dios.

Poco antes del diluvio, el ángel le dijo que buscara refugio en las montañas. Allá marchó, y pasó las cuarenta jornadas alimentándose con miel silvestre y leche de cabra. Cuando las aguas bajaron, dejó su refugio y comenzó a andar hasta que llegó al país de Senaar.

Cada día amanecía Adán más encogido y arrugado. Vivía de la caridad pública, pues su extraño aspecto despertaba la piedad de algunos y la curiosidad de todos. Y al fin su desamparo fue tan grande, que una buena mujer se lo llevó para la casa. Y todos los que llegaban a verlo se asombraron al comprobar que no podía dejar de empequeñecer. Y tanto encogió, que llegó a tener el tamaño de una ciruela, y después, el de una pasa de ciruela.

La mujer lo guardó unos días para que los vecinos vieran qué había quedado de aquella criatura: una esfera parduzca, tibia y palpitante, cubierta de vello. Cuando ya no pudo reprimir el asco, la arrojó por la ventana. Un pájaro se la llevó en el pico y, como no pudo tragarla la dejó caer en una huerta, donde la encontró una muchacha que recogía olivas. El tacto de aquella cosa extraña, despertó en ella deseos desconocidos. Tenía olor penetrante, como de bestia en celo. La apretó con tanta fuerza, que la esfera reventó en su puño. La muchacha cayó en éxtasis, tuvo sueños inquietantes y, al despertar, aún se oprimía el pubis con la mano.

El embarazo causó estupor en su familia y en la tribu. A pedido del padre fue examinada por los sacerdotes quienes declararon públicamente que era virgen; y un profeta de la vecindad recorrió los caminos proclamando: "He aquí que la doncella ha concebido y parirá un hijo". Muchos esperaban al Mesías, mas los cautelosos recomendaban prudencia. Cuando el niño nació, hubo grandes fiestas en la comarca. El acontecimiento coincidió con un raro período de paz.

Pero a medida que crecía, el niño se confundía con los otros niños; nada excepcional se manifestaba en él. Vivió como todos los niños, fue amamantado y a veces pasaba largo rato mirándose el ombligo. Como todos los niños. Echó a caminar, demoró más de lo corriente en articular las primeras palabras y le costaba aprender los nombres de las cosas. Como todos los niños amaba la tierra y el agua, y sentía atracción por el fuego. De adolescente fue tímido, tonto y melancólico. La madre creyó que podría sobrellevar su frustración marchándose a otra ciudad. En ella el muchacho aprendió trabajosamente el oficio de alfarero. Tenía sin embargo una notable facilidad para modelar figuras, sobre todo las figuras que se le aparecían en sueños: un hombre y una mujer completamente desnudos tomados de la mano; una mujer que amamantaba a una serpiente a la sombra de un árbol frondoso; un ángel que blandía una espada de fuego. Fragmentos de historias que había escuchado hasta el cansancio de labios de su madre, de los sacerdotes, de los viejos ociosos que se reunían al atardecer a la puerta de la ciudad. También representó a Caín en el momento de asesinar a su hermano, y el arca de Noé con su cargamento de bestias. Hasta que un día entraron al taller los custodios de la Ley y destruyeron todas las estatuillas hasta reducirlas a polvo. Lanzaron anatemas sobre él y le recordaron las palabras de Dios a Moisés: "No te harás escultura ni imagen alguna..."

Como alfarero fue mediocre. Jamás obtuvo buen precio por sus cacharros. Pero eso no le importaba demasiado; la fatiga de modelar, el zumbido monótono del torno, se veían recompensados con largueza por el placer que experimentaba cada mañana en amasar el barro.

EL MALACARA

No se sentía con fuerzas para decírselo, pero allá iba, como una exhalación, él, que jamás corría, ni cuando arreciaba la tormenta, y eso que una gitana le había prevenido que se cuidara del rayo. Peor que la tormenta, más funesto que el rayo sería sin duda el enojo del patrón cuando se enterara de la infausta noticia, pues si don Pedro montaba en cólera, no había nada en el mundo que pudiera apaciguarlo. Las rabietas le duraban, por lo menos, una semana, y después quedaba tan deprimido que parecía aproximarse a su fin.

Quiso detenerse en la esquina para recobrar el aliento y armar un cigarrillo, pero llevaba demasiado impulso y las piernas no le obedecieron. Recién al agarrarse del portón de hierro que se abrió con un chirrido lacerante, pudo darse un pequeño respiro.

Era tan grande la fatiga, que le pareció que no le saldrían las palabras, que la voz se le quebraría en la garganta y tendría que hablar por señas. A duras penas contuvo un sollozo. Se enderezó por fin, se armó de coraje, sacó del bolsillo el paquetito de tabaco y empezó a liar un cigarrillo. Avanzó hacia el viejo que estaba sentado en la mecedora de mimbre, bajo el parral, con el diario desplegado, de manera que sólo se veían unos pantalones muy amplios, unos dedos enjutos y la copa del sombrero de paja. Después de la siesta, don Pedro leía el diario del principio al fin, y al atardecer, mientras el negro cebaba mate, el viejo glosaba prolijamente las noticias, pues opinaba que el negro no por ser analfabeto podía ignorar en qué mundo vivía.

Se acercó con cautela, arrastrando los pies por el sendero de pedregullo. Don Pedro se hamacaba suavemente, y cuando Rogelio alcanzó a oír el leve crujido del mimbre reseco, se detuvo para terminar de arrollar la hojilla y humedecer el borde, pero el sudor que le bañaba el rostro empapó el papel de jaramago y lo deshizo. Cayó el tabaco, y el negro lo recogió al tanteo, pues no podía dejar de mirar al viejo que seguía enfrascado en la lectura, ajeno al golpe del portón, y a los pasos y al jadeo del asistente.

BIBLIOTECA NACIONAL 23

Mordió un pastito para que le volviera la saliva. Armó otra vez, encendió el yesquero, y aspiró el humo picante que lo hizo toser. El viejo bajó el diario y lo interrogó con la mirada. Rogelio avanzó hasta situarse a tres pasos del patrón. La distancia del respeto; sólo por estricta necesidad se acercaba un poco más. Cuando le alcanzaba el mate, estiraba al máximo el brazo corto y macizo, inclinándose en obligada reverencia. El viejo lo quería a su manera, pero nunca le hablaba con afecto.

Rogelio se animó y le dijo:

—Don Pedro, ya sé que se me va a enojar, pero tengo que decirle algo muy fiero.

—Decí nomás, no andes con vueltas.

—El malacara, don Pedro...

—¡Qué le pasó, carajo!

—Cayó en el zanjón y se quebró.

—¿Qué decís? ¡Yo te mato, negro!

—Creameló, no fue por mi culpa.

—¿Y de quien va a ser?, abombado. ¡Te juro que esta vez te mato!

Arrojó el diario y se levantó de un salto. Agarró al negro por los hombros, y mientras lo sacudía con violencia repetía:

—¡Yo te mato, negro!

—Matemé si es su voluntá, pero sepa, don Pedro, que no tuve la culpa. Fueron los hijos de Benítez que estaban jugando en el potrerito. Los vi de lejos. Uno lo quiso montar, y el caballo se asustó, y dele correr y correr. Corría como un loco. Le tiraban piedras, me parece, o bosta seca, no sé; algo le tiraban. Hasta que rodó por el zanjón. No llegué a tiempo, y de haber llegado no hubiera podido hacer nada porque el pobre animal andaba como desbocado. Una fatalidá.

El viejo se quedó perplejo, pálido, con la mirada perdida. Rogelio sintió miedo porque pensó que le iba a dar un ataque, que el corazón no podría resistir.

Parecía no oír. Empezó a caminar de aquí para allá como un autómata, y cuando salió de su estupor, lo miró al negro con indulgencia por primera vez en treinta años. Y eso era alarmante porque significaba que el viejo ya no estaba en sus cabales: empezaba a aflojar. Se quitó el sombrero, se desabrochó el cuello de la camisa y entró en la casa, callado y pensativo. Rogelio estaba ahora más asustado que al principio, porque si el patrón se moría, ¿qué sería de él?

—Sientesé, don Pedro. Paciencia. Sientesé que voy por caña. Le hará bien un traguito.

—Vamos, acompañame.

Rogelio, que casi nunca preguntaba, suponía que el viejo tenía el propósito de sacrificar al malacara para que no sufriera; pero también podía ocurrir que fuera a pedirle explicaciones a Benítez, o que lo encontrara en el camino y, sin mediar palabra, lo llenara de plomo. Podía suceder también que las balas ya no sirvieran y al intentar sacrificar al caballo o disparar sobre Benítez, fallaran los tiros. El viejo, que a lo largo de la vida había logrado ser temido y respetado, jamás había quedado en ridículo. Y una vez le había jurado a Rogelio que antes que alguien le faltara el respeto preferiría pasar a mejor vida.

Salieron a la calle. Los vecinos se inquietaron al ver aquel revólver enorme empuñado con firmeza. Algunos los siguieron a la distancia, pero no más allá de la linde del pueblo, donde comienzan las chacras.

Iban por el camino vecinal; el viejo con paso firme, como en sus mejores tiempos; Rogelio, agobiado por la fatiga, apenas podía seguirlo.

—¡Pobre mi malacara! ¡Vos sabés, negro, cuánto lo quería yo y cuánto lo quiso la finada!

—Usté habla como si ya se hubiera muerto el caballito. A lo mejor admite cura.

—Vamos a sacrificarlo. No quiero que sufra. Ya no hay nada que hacer.

—¡Quién sabe, don Pedro!

—¡Cómo quién sabe, negro diablo! No me contradigas; si se quebró, hay que matarlo.

—¿Y usté se anima?

—Mirá, Rogelito, si te ponés pesado, te limpio a vos antes que a él.

—Disculpe, don Pedro, pero ¿cuánto hace que no tira con ese revólver?

—¡Qué sé yo!

—¿Y si la bala no quiere? ¿Y si sale con poca fuerza? Va a sufrir más.

—En ese caso habrá que meter cuchillo. ¿Traés?

—Yo siempre traigo.

—Entonces preparate, porque de eso te encargás vos.

—Como usté mande.

Rogelio entornó los ojos y le pidió a Dios que se ocupara del revólver, que no permitiera que fallara el disparo, que le ahorrara al pobre viejo otra rabieta.

—¡Pobre mi malacara! —se quejaba don Pedro—. Mala, malísima suerte. Es que todo llega a su fin en el momento menos pensado, y a a mí ya me va quedando poco.

—No se ponga así, patroncito; usté nos va a enterrar a todos.

—¿Y quiénes son todos, me querés decir, si yo no tengo a nadie.

—A mí me tiene.

—¡Pa lo que servís! ¡Y todavía pretendés que me tome el trabajo de enterrarte!

Rogelio consideró oportuno callar. Se fue quedando rezagado, mientras el viejo apretaba el paso, ansioso por alcanzar de una vez el lugar donde estaba el malacara caído. Al llegar a la chacra de Benítez, pasó el alambrado para hacer una cortada. El negro temió el enfrentamiento, y en lugar de seguir al patrón, continuó por el camino vecinal. Benítez estaba reparando el arado, y al ver que el viejo, armado y resuelto, invadía su parcela, se hizo el distraído. Pero el negro no se tranquilizó hasta que el viejo traspuso el cerco de cipreses. Entonces apuró la marcha.

No había andado mucho cuando oyó la detonación. Fue tremenda, como si la tierra se rajara. Se persignó con el pulgar y trató de echar a correr, pero se le aflojaron las piernas. De todas partes levantaron el vuelo pájaros asustados. Tal vez había reventado el revólver y el viejo se estaría desangrando en el fondo del zanjón, junto a su malacara. Le faltaban energías para seguir avanzando. Un silencio tenso, lleno de presagios, siguió a la detonación y al griterío de las cotorras. Extrajo el paquetito de tabaco y armó un cigarrillo grueso y apretado. El humo picante, aspirado con ganas, lo reanimó. Tomó por la bajada pedregosa, cruzó el monte de eucaliptos y llegó al zanjón.

El viejo estaba en cuclillas, con el revólver colgado del índice derecho. La bala, que había penetrado por la oreja izquierda, hizo estallar el ojo derecho del malacara. Una sangre espesa resbalaba lentamente sobre la tierra reseca y se filtraba por las grietas. Sin preguntar nada, Rogelio sacó hojarascas de entre los raigones y se apresuró a cubrir el charco.

Don Pedro tomó el revólver por el caño y, sin dejar de mirar al caballo, le dijo a Rogelio:

—Tomá, negro, te lo regalo.

—Yo siempre fui hombre de cuchillo, ¿pa qué lo quiero?

—Para que hagas lo mismo conmigo si alguna vez llego a desgraciarme.

—¡Eso sí que no! ¡A quién se le ocurre!

Don Pedro levantó la cabeza y sonrió con tristeza.

—Tomá, no seas maula. Ya no lo necesito

—Se lo aceto como recuerdo.

El viejo no se movía de su sitio; parecía decidido a pasar allí la noche entera. Rogelio, que lo creía capaz de eso y de mucho más, se alejó un poco y se sentó a fumar hasta acabar con el paquetito. Unas niñas escuálidas se asomaron al zanjón, y preguntaron qué había pasado. Nadie les respondió. Se marcharon, pero no tardaron en volver con otros niños que también preguntaban.

—Y a ustedes, ¿quién los llamó? —les gritó Rogelio agitando el revólver. Los niños huyeron, y entonces se dio cuenta que era peor estar así, solo con el viejo

—Vamos a enterrarlo, ¿no le parece don Pedro? Traigo pala y pico, porque esta tierra está como piedra, consigo a alguno que me ayude, y lo enterramos aquí mismo.

—No lo voy a enterrar.

—¡Pero don Pedro! ¿Va a dejar que se lo coman los perros y los caranchos?

—He dicho que no lo vamos a enterrar. Voy a pedirle al boticario que lo embalsame.

—Pero una cosa es hacerlo con pajaritos y comadrejas, y otra con un caballo. No creo que Castromán acete.

—Tendrá que aceptar.

—¿Y si no?

—Buscaré a otro.

—Pero tendrá que apurarse, mire que con el calor y los moscones que ya empezaron a arrimarse, esto se le pudre enseguida.

—Sé lo que hago, ¿entendés? Vos ocupate de sacarlo de aquí, que yo voy a apalabrar a Castromán.

Rogelio no podía creer que al viejo se le hubiera ocurrido seme-

jante idea, pero el hombre estaba demasiado dolorido para hacerle entender que era un disparate.

—No se preocupe, don Pedro. Si se trata de sacarlo del zanjón, le aseguro que lo sacamos; traigo a los muchachos de "La Esquina Rosada" que por tres copas hacen cualquier changa, el carrito de Pacho y unas cuerdas. Y todo arreglado. Eso sí, de lo demás no me hago responsable.

—No se te pide responsabilidad sino obediencia. Hacé lo que mando.

Bajo los eucaliptos, a la vera del zanjón, se había congregado medio pueblo. Pacho, el carnicero, fue el que se encargó de abrir al caballo en canal y arrancarle las tripas que fueron enterradas allí mismo. A la luz de los faroles colgados de las ramas, se improvisó una fiesta. Corrió el vino en abundancia, no faltó caña ni pasteles, hasta hubo guitarreros. El boliche "La Esquina Rosada" quedó desierto esa noche. Don Pedro se negó a asistir; prefirió quedarse solo. Se acostó más temprano que de costumbre luego de encender la vela junto al retrato de la finada. Jamás dormía a oscuras; en realidad nunca dormía, sino que caía en un sopor que no le impedía escuchar los ruidos nocturnos, los leves crujidos de las maderas, los pasos de los raros transeúntes, el viento que agitaba las hojas de los plátanos y, a cada hora, las bolitas de acero que caían en el plato de bronce de la palmatoria. El negro se ocupaba de incrustarlas en la estearina utilizando un molde con forma de flauta. Antes de introducirlas en los orificios, las calentaba en un tarrito de lata sobre el rescoldo. Lo hacía cada tarde mientras esperaba que hirviera el agua en la pava de hierro para empezar el mate.

Cada vez que sonaba una, don Pedro surgía de entre las sábanas y las contaba, impaciente porque llegara pronto la mañana para poder abandonar el suplicio de su lecho de viudo. No quería relojes. Los únicos que había en la casa, el carrillón de la sala y el de bolsillo que le regalara la finada, no habían sido tocados desde el día del óbito.

A pesar de haberse endurecido en las guerras civiles, de haberse jugado la vida en incidentes que le dieran fama de hombre de coraje que no se arredraba ante nada, don Pedro tenía sus miedos. Tardó en descubrir a qué le tenía miedo. No era a la muerte, estaba seguro, porque se había familiarizado con ella desde sus años mozos; ni a los fantasmas, porque para él los muertos estaban definitivamente muertos; ni a Dios ni al Diablo, pues jamás había creído seriamente en ellos; ni a la

soledad, a la que ya se había acostumbrado, ni a la enfermedad ni al dolor.

Aquella noche descubrió qué era lo que lo amenazaba desde los rincones de su cuatro como una fuerza incontenible que se desataría en cualquier momento, como un viento sombrío, que habría de sublevarle los sentidos y ponerle del revés todas las cosas; el revés de los árboles y el de los muros, el de su rostro intolerable fraccionado por la rajadura del espejo. Entonces los caños de desagüe resonarían con los gritos de las alimañas que habitaban entre los cimientos de la casona y las arañas bajarían veloces, resbalando sobre los hongos de las paredes. Un sudor frío lo sobrecogió, como si una baba helada se difundiera entre las cobijas. Por fin supo a qué le tenía miedo: a volverse loco. Tal vez ya lo estuviera, y él no lo notaba; pero la gente del pueblo sí. Esa tarde, cuando la noticia de la muerte del malacara y la decisión de embalsamarlo se propagó con la rapidez que se propaga el chisme de una deshonra, le pareció que los vecinos lo miraban con ojos espantados. Cuchicheaban en corrillos. Tal vez dijeran: "Mire usted, qué viejo loco, ocurrírsele embalsamar el caballo, y después qué, me quiere usted decir, ponerle ruedas y montarlo y hacerse llevar por el negro Rogelio. Negro, tirá del cabestro, cuidado con los pozos, y el pobre Rogelio déle cinchar en los repechos y aguantarlo en las bajadas, hasta que se le parta el corazón, y a lo mejor también se le antoja embalsamar al negro. Milagro que no se le haya ocurrido hacerlo con la finada. Andá a saber; quién te dice que no la tenga guardada en ese armario grandote y negro, con la luna partida, que no se volvió a abrir desde su fallecimiento. Al otro día el viejo arrojó la llave al aljibe y aseguró que mientras él viviera el ropero no sería abierto. Nadie sabe lo que guarda en él. Es un viejo insoportable y ahora se le pone esto en la cabeza, y al pobre negro me lo tiene de arriba para abajo, sin darle tregua, hasta que Rogelio reviente, y cuando reviente, ¿quién va a cuidar al viejo, me querés decir?".

Estas cosas y otras peores andarían diciendo por ahí los mismos que fingían consideración y respeto; se sintió más solo que nunca. La luz mortecina lo tranquilizaba un poco, pero el sueño se le negaba. Con la mirada fija en los grandes lamparones del cielo raso, se consoló pensando en el malacara. Le parecía sentirlo cerca, muy cerca, del otro lado de la reja, bajo los plátanos de la vereda, esperándolo para partir juntos... Pero después le pareció que se hallaba muy lejos, en una pampa

remota a la luz de una luna oblicua, corriendo a todo galope, y no era uno sino dos, montados por hembras desmelenadas y terribles que se afanaban por alcanzar la meta: él mismo, inmóvil en medio de la pampa. Y las dos amazonas (la locura y la muerte) estaban cada vez más cerca. Le retumbaban las sienes con el ruido de los cascos y el de los tambores que percutían las amazonas para alentar al malacara repetido; pero no eran tambores, estaba seguro, lo que sonaba, sino el cuero tenso del caballo hueco castigado por los taleros.

—Dios quiera que gane la huesuda —murmuró don Pedro—. A esa no le tengo miedo.

La imagen del caballo se le hacía presente a cada rato; y también el rostro abotagado de Castromán que, con voz pastosa y cargada de alcohol, y sin deshacerse de aquel pucho indecoroso pegado al labio inferior, le explicaba que embalsamar un animal tan grande iba a ser tarea complicada, pues hasta entonces sólo lo había hecho con pájaros, liebres, comadrejas, lagartos y zorrillos que después iban a juntar polvo y a apolillarse en los anaqueles de la escuela. Pero embalsamar caballo era otro cantar, porque se necesitaban cantidades enormes de alcohol, formol y otras sustancias, y no solo eso, sino que lo más difícil sería mantener erguida la estructura y lograr que los ojos le quedaran como pintados, que es lo primero que se nota, porque, créame don Pedro, por mejor que resulte el trabajo, si los ojos salen mal, se desmerece el conjunto. Solo puede lograrlo un artista: se necesita inspiración. Usted comprenderá, don Pedro. Los animalitos del campo son simpáticos, pero el caballo tiene belleza. Le advierto que esto va a salir salado, calculo que no menos de quinientos pesos, porque además necesitaré gente que me ayude. Nada más que en jornales, el gasto será grande. Y lo que más me preocupa son los ojos, porque en este caso no se soluciona con cuentas de vidrio ni con botones. Dígame, don Pedro: ¿por qué no lo manda a Montevideo?

—No, Castromán, hacelo vos. Y no escatimes gastos. Te tengo fe...

Cuando sonó en la palmatoria la bolita de las dos, don Pedro oyó también el carro de Pacho que se acercaba, y poco después las voces del carnicero y de Castromán completamente ebrios. No tuvo ánimo para levantarse y ver por la rendija, a la luz anémica del farol de la esquina, el malacara vaciado de tripas y con la cabeza colgando. Bastó con imaginarlo para que el sosiego lo abandonara del todo, privándolo del alivio

de la duermevela que solía prolongarse hasta la caída de la última bolita, poco antes del alba.

Castromán tardó más de un mes en completar la operación que le devolvió el volumen al malacara. Don Pedro no concurrió ni una vez al improvisado taller que el boticario instaló en el galpón de la carnicería de Pacho donde el olor a formol y alcohol alcanforado se confundía con el de los jamones curados, las salchichas frescas, el pimentón y los adobos.

Rogelio, en cambio, iba cada noche, después que Castromán cerraba la farmacia, y entre caña con naranja y mate amargo, le trasmitía al boticario las recomendaciones del viejo, que pretendía un trabajo impecable.

—Ya le dije a tu patrón que no era fácil. Nunca ensayé la taxidermia con un equino. Si no le gusta, paciencia. Habrá tiempo de encontrar a alguien que se encargue de rellenarlo mejor y acertar en la cuestión de los ojos. Lo difícil son los ojos, creeme. Acontece lo mismo que con los retratos: unos ojos logrados disimulan los posibles defectos del conjunto. En los ojos está la vida.

Rogelio le ayudaba a colocar los hierros, las maderas y el tejido de alambre de la armazón, y a los pocos días estaba tan entusiasmado con la tarea, que se creía capaz de embalsamar una tropilla entera.

Castromán inyectaba cada noche un preparado que él mismo había fabricado para momificar la carne, y después se sentaba en silencio, con el vaso de caña en una mano y el cigarrillo en la otra, a contemplar el portento, mientras el negro se ocupaba del trabajo grueso.

Acostado sobre el piso de tierra apisonada, el malacara parecía resucitar de a poco, esperando el momento en que le colocaran los ojos y lo pararan sobre las patas, reforzadas con varillas de media pulgada, para salir al encuentro de su amo.

Antes de cocerlo con tripas de cordero, Castromán tardó diez días en solucionar el problema de los ojos. Buscó en vano bochones de ágata o de vidrio; los que halló en los almacenes del pueblo no eran suficientemente grandes. A lo sumo servirían para un avestruz. Como último recurso pensó en utilizar bolas de madera pintadas, pero eso le quitaría jerarquía a su trabajo, porque no podría conseguir el brillo y la dureza mineral que convenían a los ojos de un caballo. Estuvo a punto de desistir y confesarle a don Pedro que no se sentía capaz de lograr una

obra digna, que mandara el malacara a Montevideo o se dejara de joder y le diera la cristiana sepultura que se merecía después de sufrir tanto martirio.

Pero quiso la suerte que una tarde, al pasar Rogelio por el parque de la estación junto a un par de locomotoras desguazadas, encontrara entre engranajes y poleas unas esferas de hierro de pulgada y media, semi ocultas entre el pasto. Sin pedir permiso a nadie las recogió y fue derecho a la farmacia, donde halló a Castromán sentado en un sillón de Viena, con el rostro más abotagado que nunca porque ante el fracaso inminente había aumentado la dosis de caña. Lo recibió con desgano, pues abrigaba la sospecha de que venía de parte de don Pedro con algún pedido abrumador.

Rogelio hizo una guiñada y riendo con ganas hizo rodar sobre el mostrador de roble las pesadas esferas.

—Aquí tiene, amigo, los ojos del malacara.

Las miró con indiferencia por encima de las gafas. Luego tomó una y la examinó con cuidado.

—Bien pulidas y esmaltadas, puede que sirvan...

—Entonces, don Castromán ¡seguimos adelante! El viejo está que se muere de impaciencia.

Cuando las esferas estuvieron prontas, bien pulidas y esmaltadas, y debidamente perforadas, el boticario les enhebró un alambre de acero y las sujetó al cráneo del caballo, probando una y otra vez que quedaran firmes.

Más trabajosa fue la última parte de la operación, cuando tuvieron que parar el caballo, relleno con diarios viejos, viruta y estopa, y asegurarlo sobre una base de tablones unidos con escuadras de hierro. Hubo que llamar a un par de jornaleros para que ayudaran en el montaje y posterior traslado. Consumieron cantidades impresionantes de vino la semana que trabajaron en el taller. Castromán se quejaba amargamente:

—Otro trabajo como éste, y me veré obligado a rematar la botica. Estoy perdiendo plata, Rogelio. Decí que lo hago por amor al arte. No hay nada que más me guste que resucitar bichos.

—Espero que al viejo también le guste, aunque parece más grande y menos querendón. Más caballo pa general que pa comisario jubilado.

—El problema va a ser moverlo, con todo el fierro que le metimos... Vivo, no pesaría tanto.

—Bueno, don Castromán, se hizo lo que se pudo. Y creo yo que se hizo demasiado bien. Le juro que yo no creía que nos iba a quedar tan lindo. Hasta me entran las ganas de montarlo. El viejo nunca dejó que lo montara, y el muy ladino sabía de sobra que me moría de antojo.

—Montalo entonces, y de paso probás si resiste.

El negro no tardó en sacarse el gusto. Saltó sobre el caballo, apartó con las dos manos las tripas secas que colgaban de los tirantes y le gritó a Castromán:

—Aguantar, aguanta, pero algo le suena adentro.

—Es que el relleno busca acomodarse.

Y el negro soltó una risotada infantil.

No se lo llevaron enseguida, porque el viejo ordenó que esperaran las nieblas de mayo, para no darle otro espectáculo a la gente del pueblo. Alcanzaba con la jarana que habían armado cuando Pacho hizo su faena a la luz de los faroles.

Una noche de cerrazón, mientras el pueblo dormía y los trasnochadores bebían o timbeaban en los boliches, a puertas cerradas y vidrios empañados, el malacara fue sacado del galpón de la carnicería por media docena de palurdos dirigidos por Rogelio y Castromán. La plataforma se deslizaba sobre caños de hierro que los más forzudos colocaban debajo de los tablones. Sin darse tregua, se apresuraban a poner delante los que iban quedando libres al avanzar el malacara entre balanceos y crujidos; el negro y el boticario marchaban a ambos lados, sosteniendo las sogas que le habían atado al pescuezo para evitar que se tumbara y hallase su segunda muerte por esas calles tristes y sin historia.

Cuando llegaron frente a la casa, Rogelio se acercó a la ventana del dormitorio y dijo en voz baja, seguro de que el viejo estaba desvelado:

—Don Pedro, ya llegamos; ¿dónde lo dejamos?

—En el patio, bajo el alero, para que no se moje —le contestó enseguida el patrón, que se había pasado las horas con los ojos muy abiertos, aburridos de recorrer las manchas del cielo raso—. Ahí nomás dejalo, que mañana lo vemos.

Recién a las diez de la mañana salió don Pedro a ver el portento, que no le pareció tal porque su mirada inquisidora no tardó en descubrir defectos en las costuras, y por la falta de simetría, si se lo miraba de frente. Los ojos habían quedado bastante logrados, pero las patas delan-

teras excesivamente rígidas, y el conjunto acartonado. Sin embargo, cuando se presentó Castromán se guardó las críticas y apenas lo felicitó entre dientes.

—Si le pone recado, va a quedar más lucido —sugirió el boticario.

—No, mejor lo dejamos así. Parecerá menos falso, ¿no creés?

Eso de *menos falso* hirió el amor propio del taxidermista que se despidió sin esperar la paga que el viejo mandó esa tarde por Rogelio, y que aceptó de mala gana cuando el negro lo convenció de que no convenía desairar al patrón.

—Está bien; si vos querés, lo acepto, pero ayudame a gastarlo en vino.

Siguió un invierno lluvioso con escasos días soleados. Al viejo ya no le vinieron ganas de empuñar la azada ni de juntar hojas secas con el rastrillo, como solía hacer para entretenerse, de manera que en poco tiempo el jardín de la finada desapareció bajo el yuyal que invadió, implacable, arriates y macetas. A veces, durante las horas tibias, se sentaba en mitad del patio, bajo la desnudez de la vieja parra, y casi nunca dirigía la mirada al malacara que se deformaba lentamente. Mientras el vientre se hinchaba, los costillares se marcaban tanto que parecían a punto de reventarle el cuero. El negro Rogelio hacía lo indecible para contener el deterioro. Lo cepillaba cada mañana, hasta que empezó a notar que el pelo se caía; le lustraba los vasos y los ojos con aceite, le peinaba la cola, y le hablaba con más cariño que cuando estaba vivo y venía al trote a comer de su mano la zanahoria jugosa o el manojo de alfalfa.

—No me aflojes, malacara; si vos te desarmás, el viejo se me muere, ¿y qué hago yo dejado de la mano de Dios? Ni jubilación tengo.

Y también lo movía un poco de vez en cuando, porque le parecía que se aburría de estar mirando siempre las mismas calagualas.

—No se aflija, don Pedro —le dijo una tarde al patrón mientras miraba llover por el ventanuco de la cocina—; no se aflija, que en cuanto llegue la primavera el malacara se compone. Es la humedá lo que lo pone triste. En cuantito caliente el sol le aseguro que se entona.

Llegó la primavera, pero continuaron las lluvias. Recién entrado octubre soplaron vientos cálidos, los yerbajos crecieron vigorosos y entre el abigarramiento de los abrojos, la yerba carnicera, la carqueja, la manzanilla y los cardos, apareció un geranio, una margarita fugaz, un clavel raquítico, como los últimos recuerdos del jardín de doña Carmen.

Las paredes se secaron, los maderos recuperaron toda su firmeza, de las humedades de los techos quedaban sólo las manchas que se destacaban sobre las de antaño: nuevos paisajes para los insomnios del viejo.

Las golondrinas anidaron bajo los aleros, se oía crecer los pastos, todo brotaba o florecía y los niños de la escuela, indiferentes a las golondrinas disecadas por Castromán y a las que volaban por todas partes, celebraban en sus composiciones el renacer de la vida, inspirándose en los paisajes europeos o japoneses de las láminas de los almanaques.

La vida, en cierto modo, se instaló también en el malacara, porque enfermó de comején.

Una mañana, Rogelio arrimó la oreja a un costado mientras le enderezaba una pata a martillazos, porque uno de los hierros estaba cediendo; y sintió un rumor extraño. Algo bullía allí dentro. Metió el dedo por una costura rota, y le gritó al patrón que estaba junto al aljibe:

—El bicherío se ha ensañado con el malacara. Venga a ver, don Pedro. Está lleno de comején.

El viejo, ocupado en tapar con masilla un agujero en el fondo del balde, no se movió de su lugar.

—Hacé lo que te parezca, negro; para mí, ya no tiene remedio.

Rogelio fue en busca de Castromán, que vino de tardecita con el botiquín de emergencia. Abrió algunas costuras, espolvoreó el interior con insecticidas y en otras partes inyectó el preparado, porque al abrirlo se sintió un olor nauseabundo, señal que la carne no había momificado debidamente en algunas zonas. No obstante, a las dos semanas aparecieron gusanos, y un poco más tarde unas polillas de regular tamaño le salieron por las orejas. Y a principios del verano un enjambre se le metió por la boca y el malacara llegó a tener un panal en la garganta.

Abrumado por el bochorno que recalentaba techos y paredes, el viejo descansaba una tarde a la sombra del parral, arrullado por la ubicua chicharra; fue entonces cuando oyó la señal, el caer de la última bola, la campanada póstuma. Tardó en darse cuenta qué había ocurrido. Algo pesado sonó sobre el piso de baldosas de la galería y después de rodar un trecho fue a chocar con fuerza contra un bidón vacío. Al sobresalto siguió un escalofrío, como si el índice de la muerta le recorriera el espinazo para recordarle que ya era hora de bajar a la tierra.

La luz intensa que reverberaba en el sendero de conchilla le im-

pedía ver los objetos de la galería en sombras. Se levantó y se dirigió con paso cansino al rincón del malacara. Experimentó una mezcla de lástima y espanto cuando lo vio tuerto del ojo por donde saliera la bala. El otro ojo se había hundido. Por la cuenca aparecieron algunas abejas; otras pululaban por los belfos y los ollares, o volaban a chupar las madreselvas, o volvían a la garganta hecha panal.

Recobró por un momento la fuerza de la voz para llamar al negro y ordenarle:

—¡Acabá con esto de una vez por todas! No quiero verlo más. Está todo podrido.

—¿Y qué hago...?

—No me importa lo que hagas, y cuanto antes te lo lleves, mejor.

El negro intentó aclarar un poco las cosas, pero la mirada penetrante del patrón, otra vez encendida en cólera, le cerró la boca. Rogelio retrocedió hasta el aljibe, y aunque no tenía sed, soltó la cadena, dejó que el balde llegara al fondo, lo subió lentamente y tomó apenas un sorbo de agua fresca. Por hacer algo...

Después, mientras le sacaba astillas a un palito con la punta del cuchillo, pensó que tendría que recurrir nuevamente al carnicero para acarrear al malacara; pero como se acercaban las navidades, Pacho andaba muy ocupado y con un humor de los diablos. Sin embargo, a la mañana siguiente logró apalabrarlo junto al mostrador de "La Esquina Rosada", y el carnicero le prometió hacer el trabajo la víspera de Nochebuena, después del último reparto.

El viejo no volvió a salir al patio para no ver aquel espantajo que no era ni la sombra de su malacara. Soportó la canícula en la parte menos calurosa de la casa: la sala con cielo raso de yeso y dos balcones a la calle, donde nadie había entrado desde el día del entierro de la finada. Allí mismo la habían velado, entre retratos de antepasados tiesos, y junto al piano que había callado para siempre en los últimos días de su doncellez.

Don Pedro se hizo llevar la cama a la sala donde también tomaba el mate y apuraba sus viandas; allí recuperó el sueño, al que se entregaba con voluptuosidad y del que despertaba con tristeza. El sueño que había buscado en vano estuvo oculto durante ese lapso en el aire afelpado de la sala. Ya no necesitaba las velas con las bolitas de acero que cantaban las horas; se sentía fuera del tiempo, como si ya se hubiera muerto.

Y la nochecita en que oyó que el carro de Pacho trasponía el portón para llevarse al espantajo, sintió un alivio infinito, y cerró los ojos con la esperanza de que no se volvieran a abrir.

El negro, Pacho, y algunos voluntarios quemaron ramas verdes para espantar a las abejas, y después cargaron el malacara en el carro, que era tirado por un matungo que parecía otro engendro de Castromán. Lo cargaron entero, sin quitarle la base, y lo sacaron en silencio, aguantando las bromas, por respeto al anciano. El único que iba con el alma tristona era el negro Rogelio.

Una vez en la calle, Pacho le preguntó:

—¿Qué vas a hacer con esta cosa?

—Y... yo que sé, el viejo me dijo que lo que me diera la gana.

—Y vos, ¿qué pensás?

—Tirarlo al zanjón donde se mancó el pobrecito y taparlo con algo, con ramas, es un decir, pa que no se vea.

—Pero se va a ver, porque la gente es curiosa.

—De enterrarlo no hay ganas.

—No vale le pena.

—Y vos, Pacho, ¿qué sugerís?

—Yo lo quemaría.

—No está mal. Es más decente.

—Mañana es Nochebuena y hay quema de judas frente a "La Esquina Rosada", en el baldío.

—A don Pedro no le va gastar.

—¿Pero no te dijo que hicieras lo que se te antojara?

—Es cierto. Entonces no le decimos nada.

—Ni siquiera te va a preguntar. Lo conozco bien. Es un viejo estirado.

—¡Flor de judas te querés mandar!

—Escuchá, Rogelio: lo llenamos de cohetes y bengalas. Una bomba en cada ojo, cohetes voladores en las orejas, un par de buscapiés en el culo, y verás cómo gozan los gurises cuando entre a arder. Los hijos del bolichero están preparando un judas imponente, un muñecazo como de dos metros. En vez de colgarlo de un palo, lo montamos en el malacara, ¿qué te parece, ñato?

El negro no dijo nada; sacó el paquete de tabaco, las hojillas y em-

pezó a armar. Cuando encendió el cigarrillo, Pacho lo miró de soslayo y le notó los ojos llorosos.

El malacara fue colocado en medio del baldío junto a un montón de ramas secas, y a la mañana siguiente lo llenaron con todos los cohetes que fue posible conseguir en los almacenes del pueblo; le clavaron banderillas de bengalas y un par de buscapiés en el lugar indicado por el carnicero. También le colocaron anteojos de alambre, un sombrero de paja medio roto, y le cortaron la cola para colgársela de la quijada a modo de barba. Por último lo pintaron de verde.

De tarde trajeron al jinete de trapo, que lucía una levita azul con grandes botones de hojalata, y un quepis de cartulina adornado con un plumero. El brazo derecho se alzaba en ángulo recto, empuñando una espadita de madera. Enterados de los preparativos espectaculares en "La Esquina Rosada", unos niños muy pobres del otro extremo del pueblo contribuyeron con su propio judas, un muñeco cuya cabeza estaba hecha con una media negra rellena de viruta de la que colgaba un cohete remedando un cigarrillo. Lo montaron en ancas y le ataron los brazos con alambre a la cintura del jinete.

Lo verdaderamente divertido fueron los preparativos, pues cuando a la medianoche el bolichero encendió la hoguera, todo fue tan repentino que sólo se vio una nube encarnada, de cuyo interior salían en todas direcciones cohetes voladores y fragmentos encendidos, en medio de un estruendo descomunal al que se sumaban los gritos de los espectadores.

En el interior de "La Esquina Rosada" solo quedaba Rogelio, tan ebrio a esa hora, que se perdió el final del malacara.

CONTRABAJO SOLO

Si no hubiera estado recordando lo que la soprano me dijo el viernes pasado justo cuando el director me dio entrada en el *finale* del Himno a la Alegría, tal vez las cosas hubiesen sucedido de otro modo. Aquel recuerdo se habría confundido quizá con tantos otros que se pierden sin dejar huella. Pero lo cierto es que, cuando la batuta apuntó a los contrabajos, yo no estaba con la orquesta sino con María Celeste. Volví a verla en la penumbra de la salita, reclinada en el sofá, completamente desnuda, con la medallita de San Jorge naufragando entre sus pechos opulentos. Fue por eso que me equivoqué. Horrorizado, comprobé que las manos no me pertenecían y que el arco jugaba libremente sobre las cuerdas arrancándoles estridencias. Me olvidé por completo de la partitura. Consciente de lo inevitable del desastre, cerré los ojos. Sentí que el sudor se enfriaba sobre mis párpados y me bañaba el rostro. Cuando logré recuperar el dominio de los dedos, dejé caer el arco. Todo el teatro me estaría mirando.

Confieso que me faltó coraje para simular un desmayo. Hubiera sido mi salvación precipitarme hacia adelante, abrazado al instrumento que habría reventado bajo el peso de mi cuerpo. Lamentablemente no se me ocurrió. Se me ocurre recién ahora.

No creo que el maestro, por desalmado que sea, hubiese tenido el coraje de continuar con la ejecución de la Novena, mientras un supuesto cadáver yaciera sobre la caja hecha pedazos. ¿Y quién hubiese podido aplacar su ira? Luego de disculparse ante el público asombrado, se habría retirado apresuradamente para esperarme en los camarines y maldecirme (si cadáver), o aguardar a que volviera en mí (si hombre desmayado) para agarrarme por las solapas, sacudirme, y escupirme la cara por haberle arruinado el concierto.

Desaproveché la oportunidad de vengar con una acción heroica a todos los contrabajistas del mundo, a los marginados de la orquesta, pues

la crítica se interesaría por nuestra suerte y acaso algún cronista musical hubiese puesto el grito en el cielo al enterarse de lo ocurrido hacía ya un mes, cuando le presenté al director mi opus único, una sonata para contrabajo. Luego de soportar sus insolencias, tuve intención de concurrir a las redacciones de los diarios y exponer mis quejas. Pero los ruegos de María Celeste aplacaron mi furia. El director, sin tomarse el trabajo de echar un vistazo a mis cuadernos, me había dicho después de soltar una carcajada (sólo ríe para herir):

—Pero, querido, no joda con eso. Por buena que sea su composición nadie duda que es absolutamente ridículo ver a un fulano tocando un solo de contrabajo en medio del escenario. El armatoste sólo sirve para acompañar, ¿o todavía no se lo dijeron? ¿Por qué no prueba con la viola o el celo? No quiero que me interprete mal. No niego su solvencia, pero comprenda que usted ha elegido un instrumento gregario".

Y debo reconocer que tenía razón, porque cuando dejé de tocar, mejor dicho, cuando el arco dejó de jugar caprichosamente sobre las cuerdas, no pasó nada. Los otros contrabajos, en vez de solidarizarse conmigo, siguieron con el finale, con tanto entusiasmo, que mi claudicación debió de pasar inadvertida. Entonces me indigné, y en lugar de hacer lo que tendría que haber hecho, es decir, ponerme a gritar como un energúmeno, mandar al diablo al director y a la orquesta, y, por qué no, al público siempre conformista que comparte el despreçio de los directores por los contrabajos, en lugar de fingirme loco (hubiera producido mayor efecto que fingirme desmayado), cuando el barítono hacía resonar sus vísceras con los versos de Schiller, agarré el instrumento por el mástil y abandoné ruidosamente el escenario haciendo sonar mis tacos sobre las tablas. Me imagino la sorpresa del público. Las miradas del director no necesito imaginarlas, pues se petrificaron contra mi nuca. El barítono siguió cantando como si nada hubiera ocurrido.

El portero de la entrada del personal dormía profundamente. Salí a la calle. Muchos de los que vienen al centro solamente los sábados por la noche, me miraban con extrañeza porque nunca habrán visto un contrabajo de cerca, y menos aún llevado de arrastre por la vereda.

Bajé a la rambla. El cielo estaba oscuro. Más oscuro que el mar. De vez en cuando me detenía a escuchar el ruido de las olas al romper contra el murallón. Pero no podía detenerme mucho tiempo porque volvía a ver a María Celeste sobre el sillón, jugando con la medallita. Aparecía

allí, sobre el ojo vaciado del sur, fluyendo y refluyendo como las olas, repitiendo lo que me dijo el viernes, una sola vez, harta de mi presencia: "Los contrabajos me dan lástima".

Anduve hasta la playa; bajé a la arena, y allí, sobre la orilla húmeda, casi en el límite de la espuma, me vinieron ganas de ponerme a tocar, en primera audición, mi opus único. Dos enamorados se besaban cerca de mí. Me di cuenta de que mi obra les había llegado porque dejaron de besarse y se aproximaron. La muchacha sollozaba de emoción, y yo me sentía feliz, ejecutando el adagio para los desconocidos.

Y ahora, mientras navego hacia el sur sin orillas, abrazado de la caja que durará más que yo sobre las aguas, lamento no haber asumido una actitud verdaderamente heroica. Enfrentarme al público, por ejemplo, para gritarle la verdad, en vez de retirarme sin decir palabra. Mañana, el director se sentirá aliviado al enterarse de mi desaparición, María Celeste le dirá a su nuevo amante (sospecho que es otro marginado: el gordo de los timbales) que estaba segura de que yo terminaría así, y luego me olvidará para siempre... Solo los enamorados de la playa me recordarán con un poco más de cariño. Gracias a Dios.

EL MANÁ

¡Vamos, muchacha, hay que animarse! Lo haremos juntos, no tengas miedo. Deberías confiar en mi experiencia. Comprendo tu temor. La primera vez que intenté me pareció que no podría, pero después me resultaba embriagador y no veía la hora de repetir el acto. Te aseguro que de esto no te aburrís nunca; querés más, siempre más. ¿A que le tenés miedo? ¿A la caída? No será la primera vez que te arriesgás a emprender algo fuerte, supongo. El principio es vertiginoso, no lo niego, pero después se torna lento, muy lento, pianísimo, de modo que podés entregarte al goce. ¿Qué se siente? Difícil de describir. Mirá, es como si te besaran muchos ángeles, ¡eso es!, como si te besaran y te lamieran. Entonces se te renuevan las ganas de seguir viviendo. No son muchos los que se animan a hacerlo, no sé si por pereza o por falta de imaginación. Vaya uno a saber qué es lo que los tiene embotados adentro de la miga. No decís nada, ¿qué te ocurre? Tu carita es simpática, deliciosamente vulgar, con ojos grandes y tristones. Todavía no me la aprendí de memoria. ¡Hace tan poco que nos conocemos! ¿Cuánto? No importa ya. El tiempo se terminó. Se pararon los relojes. Hay días seguidos por noches, seguidas por días, seguidos por noches... todo igual. Dejá que encienda la linterna. *Quiero verte una vez más*... Había un tango que empezaba así. ¡Qué te vas a acordar! En los años cuarenta no habrían nacido ni tus padres. ¿Tenés familia? Lo siento mucho. Claro, es mejor no hablar de la familia. Se está mejor entre desconocidos. El problema consiste en entablar la comunicación correcta. Como cuando había teléfonos. Casi siempre te daba equivocado. Y era la única verdad que uno podía escuchar a diario: Señor, está equivocado. Si no hay compromiso, ni responsabilidad, ni afecto, no se cometen errores, al menos errores graves. No sé quién sos vos, no sabés quién soy yo, de modo que, mientras sigamos así, no nos equivocaremos. ¿Te aburro? Es mejor que te sumas en el tedio... *Cuando me sumo en el tedio, no me sumo, me resto,* escribió alguien sobre el mármol de una mesa

del Sorocabana. Cuanto más te aburras, más te gustará la aventura que te propongo. ¿No querés? ¿Estás segura? Por tratarse de la primera vez, admito que no desees desnudarte, pero entonces será diferente: no te parecerá que hay ángeles que te envuelven; y la segunda etapa, luego del vértigo inicial, será menos atractiva. No, no quiero obligarte. Tampoco me importa cómo lo hagas la primera vez. Pero sé que te gustará y que querrás repetirlo. De acuerdo, hoy no; te negás rotundamente. No intento forzarte, eso equivaldría a una violación. ¿Me prometés que mañana sí? Comprendo; ahora estás cansada. Pero mañana nos tiramos, ¿verdad que sí? Me obligás a aguantar las ganas, las tremendas ganas, hasta mañana. Yo lo hago casi todos los días, pero no me gusta hacerlo solo. Al principio lo hice solo, y experimenté distintos niveles hasta descubrir cuál era el justo. Un día encontré a una viuda, otoñal, hermosa, y dispuesta a todo. Antes de que terminara de indicarle el camino de la liberación, se lanzó a la aventura como una loca. La perdí de vista, pero sé que me lo agradecerá mientras viva. Después me acompañó una niña de diez años que al principio lloró; pero luego quiso repetirlo tantas veces que me dejó extenuado. Muchos fueron los iniciados. Entre ellos, una adventista del séptimo día que se hallaba en trance de perder la fe cuando se topó conmigo en lo que parecía ser una plazuela de barrio. Después de hacerlo juntos, lloró de alegría, y, abrazándome, dijo:

—Gracias, hermano, por haberme salvado de la desesperación. Has hecho de mí una mujer nueva.

Estoy seguro que pensás que esto lo invento para inducirte a que lo hagas. No tenés conciencia aún de que no hay futuro para vos ni para nadie en este mundo silenciado. Ya no tiene sentido, estudiar, trabajar o procrear. ¿Pensás vivir como lo hacen todos, acurrucada en cualquier parte y dormitando? Es cierto, uno se siente bastante bien aquí. La miga es tibia. Pero no hay que dejarse vencer por la molicie. Es necesario sacudir la pereza y practicar el juego salvador, el salto vital, la caída sublime, o como se te ocurra llamarlo. Es la única manera de liberarse; si conocés otra mejor, decilo de inmediato. No quiero cansarte, ni que creas que soy un paranoico que no piensa más que en eso. Lo dejamos para mañana. ¿Me prometés que mañana sí?

¿Qué hacía yo cuando empezó a caer la cosa? Estaba con mi mujer

en el jardín. Ella hojeaba revistas de decoración pues desde hacía una semana no pensaba más que en cambiar el tapizado de los sillones. Mis hijos se habían ido de vacaciones. Ya no los volveré a ver. Pobres hijos. Estarán moviéndose hacia cualquier parte buscando inútilmente el camino de regreso. Yo fumaba sin cesar y no pensaba en nada, te lo aseguro. La mente en blanco. En receso, por ser sábado. A eso de las seis de la tarde comenzaron a caer los primeros mendrugos. Los vi flotar en el café a medio beber, rodar por el césped, resbalar sobre el pelo lacio de Eugenia, que sin molestarse en averiguar qué eran ni de dónde provenían, soplaba con fastidio los que caían sobre las páginas brillantes. Podía pasarse horas enfrascada en la revista *Wohnen,* contemplando extasiada jardines, salas, dormitorios, despensas, cuartos de baño, en fin, ese mundo sin gente que exhiben las revistas de arquitectura y decoración. Los muebles tenían para ella un valor trascendental. Te imaginarás lo que tuvo que sufrir cuando la miga llegó a ser incontrolable y comenzó a meterse por todas partes. Al día siguiente, alarmada por la pavorosa multiplicación de los mendrugos, cerró puertas y ventanas, clausuró la chimenea, y finalmente bajó las persianas para no tener que ver cómo crecía la miga en el jardín.

¿Te acordás? Durante los primeros días las calles se veían alegres con tantos niños jugando a quién hacía la pelota más grande con la miga. Y se las arrojaban unos a otros o acometían a los vecinos.

Ya no fue posible librarse de la migaja mohosa que se acumulaba por doquier. Los pájaros siempre la llevaban en el pico, y las aves de corral morían de hartazgo. Al tercer día, el asombro y la algarabía dejaron lugar a la repugnancia. Eugenia vivía en un grito. Pasaba el día entero corriendo de una habitación a otra llevando de arrastre la aspiradora que no demoraba en atascarse, por lo que a cada rato salía a la calle para vaciar el depósito lo más lejos posible y volver a iniciar su trabajo de Sísifo; hasta que, extenuada y llorosa, se dejó caer en un sillón para ver con espanto, al cabo de unos pocos minutos, cómo salía por la manga de la aspiradora una pasta espesa, inexorable. Aquello parecía un tubo de dentrífico gigantesco. Como algunas vecinas consideraron que el lugar más lejano posible coincidía con nuestro jardín, nos vimos trenzados en riñas descomunales que concluyeron con la humillación de todos. Obligados por las circunstancias, los que no enloquecieron, ni murieron de angustia ni se suicidaron, dieron muestras de un conmovedor

espíritu de solidaridad, igual que los sobrevivientes de un bombardeo. Nos convencimos de que los esfuerzos encaminados a contener el crecimiento de *la cosa* resultaban completamente inútiles. Estuvimos una semana encerrados abrigando la esperanza de que la lluvia de mendrugos terminara, se secaran y, convertidos en polvo, se los llevara el viento.

Y vos, pobrecita, prisionera en el décimo piso del Hospital de Clínicas, asistiendo a los enfermos, y de pronto los ascensores dejan de funcionar, poco después los teléfonos, y las heladeras que se deshielan y vas a abrir una canilla y sale como una voz gangosa. Y viste la ciudad desde arriba cuando comenzó a caer esto que algunos aseguran que es maná. ¿Será? Viste como un paisaje nevado. Y crecía el silencio. ¿Te das cuenta? Al fin vivimos rodeados de silencio. No se oyen motores, ni gritos, ni rock, ni beat, ni pop, ni atrévete a vivir en jean, ni el vermut que te invita a soñar, ni el champú que hace milagros. Nada más que este silencio primordial, y la respiración y los latidos de uno mismo, o nuestras voces a la sordina. Me gusta este silencio.

Al principio era para preocuparse, porque el mundo no estaba preparado para esto; pero si tenés alguna lectura, sabrás de sobra que el mundo nunca estuvo preparado para nada. De trauma en trauma, hemos llegado hasta aquí.

Durante los primeros días cundió la alarma y el desconcierto, pero las autoridades consiguieron calmar a la población sin gastar mucha retórica, porque no tardó en probarse que la extraña sustancia era completamente inocua. Y hasta aparecieron dos ministros por televisión para anunciar con franco optimismo que *la cosa* era comestible y nutritiva, y no bien acabaron de decirlo, se llevaron a la boca sendos puñados de mendrugos que masticaron y tragaron lentamente, como si se tratara de un manjar de los dioses. Por primera vez te anunciaban algo que podía conseguirse sin dinero. Y ahora que estamos tapados por la miga, que nos movemos en ella como por en medio de una niebla masticable, arrancándole pedazos o hendiéndola con un cuchillo para abrirnos paso, y sentimos un rumor a nuestras espaldas cuando vuelve a cerrarse, ahora, el dinero es algo definitivamente inútil; todas las cosas se han vuelto inútiles. Menos las linternas, hasta que se agoten las pilas (no falta mucho); entonces no podremos vernos los rostros, a no ser que nos traslademos a los últimos pisos de los rascacielos. Claro, hace mucho frío allá arriba. La miga absorbe todo el calor. No es posible perma-

BIBLIOTECA NACIONAL

necer en lo alto. La miga nos abriga y nos alimenta, calma las pasiones y poco a poco nos va devolviendo al primitivo estado de inocencia. Uno no tarda en habituarse a su sabor agridulce. ¿A vos te gusta?

Ah!, estás como enviciada. Pero si comés tanto ha de ser a causa de la ansiedad. Hay quienes prefieren la miga al desayunar. Una buena porción lo deja a uno satisfecho por el resto de la jornada. A mi me gusta comerla después de acostarme. Tomo dos o tres puñados y la saboreo lentamente, antes de dormirme. Tiene el sabor que uno imagina: a fruta, o a mazapán, o a liebre guisada, o a pollo con ciruelas, o a lomo de cerdo con baño de chocolate amargo. Eugenia estaba convencida de que se trataba de verdadero maná, que el Señor había derramado generosamente sobre el mundo al borde del colapso, para que la humanidad tuviera al fin paz, abrigo y alimento. La convenció uno de los innumerables predicadores que gritaban: "Es el maná!" en las esquinas, en las plazas, y en los estadios repletos de creyentes que entonaban himnos de alabanza; aunque no faltaron teólogos prudentes que exhortaban a no caer en frivolidades. Algunos ortodoxos negaron rotundamente que fuera maná, simplemente porque está escrito en la Biblia que el maná que cayó sobre el desierto de Sin en tiempos de Moisés tenía sabor a torta de miel, y alegaban asimismo que no podía conservarse, pues al otro día se pudría y se llenaba de gusanos, lo que no ocurre con éste que, eso sí, está lleno de gente. Quienes sostienen que se trata de verdadero maná recuerdan que el poder del Señor es infinito y bien pudo haber inventado una nueva fórmula. Como de costumbre, las opiniones están divididas, y ahora, más divididas que nunca, pues ya no es posible acceder a fuentes autorizadas. Por mi parte, dudo que existan. En vano he intentado captar desde las azoteas alguna emisión de radio en onda corta; también he pasado días enteros congelándome allá arriba, escudriñando el cielo por si veía algún avión. Nada, absolutamente nada. En poco más de un mes la superficie del globo quedó completamente cubierta, como si una luna de pan se hubiese desintegrado después de haber chocado contra la atmósfera. Y la otra luna, la luna vieja, la de piedra, ¡la vieras!, más solitaria que nunca, iluminando la miga blancuzca y ondulante, rozada por los vientos que le levantan la epidermis, o movida de abajo por las aguas inquietas.

Para vos, ¿qué es la miga? Tenés razón, es una pregunta torpe que no vale la pena contestar. Pero a cada rato te encontrás con un

fanático, un iluminado, de esos que te quieren convencer de la verdad que les ha sido revelada. Algunos creen que esto es el cuerpo divino derramado sobre el planeta. Ayer me lo aseguró una señora que encontré en una escalera; cuando le respondí que a mí me parecía que la *cosa* era un hongo que le había crecido al mundo de puro viejo, lanzó sobre mí un terrible anatema y se perdió miga adentro.

Tal vez estén en lo cierto. Me llama poderosamente la atención lo que ocurre con los cadáveres. No se descomponen; se convierten en miga, lentamente y a partir de los dedos. Mejor es no pensar demasiado en esto; hay que emerger, salir de vez en cuando para no olvidarse del sol ni del cielo azul, aunque sea triste verlo sin pájaros.

Por supuesto que la extraño. Se me hace difícil vivir sin ella. Nos separamos mientras dormíamos. No sé cuál de los dos fue el que se levantó sonámbulo para perderse en la miga. Cuando desperté ya no estaba. Cuánto debe sufrir, pobre Eugenia. ¿Me permitís que te llame Eugenia? Hallé mi consuelo en el salto y en el vértigo, en la caída lenta y voluptuosa. Hagámoslo, pequeña Eugenia, no te niegues. Te va a gustar. Estoy seguro. No es demasiado peligroso. El juego consiste en subir a una azotea o hasta una ventana que esté a diez metros sobre la superficie de la miga, y nos echamos a volar, tomados fuertemente de las manos; bien fuerte, porque si nos soltamos, es seguro que nos separaremos para siempre. Hay que mantenerse en el aire el mayor tiempo posible, antes de entrar en contacto con la miga y sentir cómo te atrapa y te subleva los sentidos. Es preciso entregarse al placer del vuelo, aunque sea breve, ahora que nada vuela. No hay aviones; se murieron los pájaros. Alguna paloma asustada sobrevive en un campanario, pero no vuela. Sólo podemos volar nosotros. La miga, el maná, el cuerpo divino, o lo que sea nos está devolviendo a la inocencia original, se extingue poco a poco la facultad de desear. Todo volverá a ser como al principio. Debemos hacerlo, querida Eugenia. Volar es humano.

SUITE PARA SOLISTA

Ahí la tenés de nuevo. Descalza, casi aérea. Como si volara. Los pies se le disuelven en nube de cenizas. Lleva el vestido de siempre, simple, de color indefinido. Cómo me excitan esos brazos desnudos, modelados para el amor. Cuando yo era botija, el viejo me llevaba a ver ballet, y algunas veces veníamos a este mismo teatro. Desde aquellos días he soñado siempre con una bailarina como ésta. Así, bailando sola, sin partenaire. Nunca soporté a los bailarines. Me parecían afectados y ridículos. Yo miraba sólo a las bailarinas, y me irritaba cuando eran abrazadas por aquellos varones inverosímiles. Pero ella baila sola. Siempre sola. Me excitan sus manos largas que se agitan como arañas, su melena desordenada y oscura, sus convulsiones de ménade poseída. Juro que hoy iré a sorprenderla a la salida del escenario. Pero no podés presentarte con las manos vacías. Tendrías que llevarle un ramo de flores. Violentas y carnívoras. Igual iré. Juro que sí. Macanas. Ayer, anteayer, el sábado, aseguraste lo mismo. Y al final desististe. Cuando acabó la función te limitaste a destapar el frasco de caña, te mandaste un trago, y te quedaste acurrucado en el palco, como un idiota. Tampoco hoy te atreverás. Confesá que lo que te gusta es esto: fisgonear a la bailarina, desnudarla con los ojos, y, cuando ella se desnuda de veras, contemplar cómo se entrega a un tipo imaginario, al amante invisible. ¿Pero se desnudará de veras? ¿No usará una malla bien ceñida a su cuerpito diabólico, invertebrado? Locura de cuerpito. Lástima que la luz sea tan escasa. Uno comprende que para lograr un efecto conmovedor basta con esa luz crepuscular. Aunque a veces me vienen ganas de gritar: ¡ A ver, tarados, enciendan los reflectores! Me dan bronca esos reflectores inútiles y ciegos que ya no deben de tener vidrios de colores. ¡Que los enciendan alguna vez para ver el rostro de la bailarina! En la penumbra, la boca parece grande y los ojos enormes, desorbitados. Tal vez sea fea. No importa. Consagrate a la maravilla de su cuerpo.

Espectáculo breve, pero intenso. Si se prolongara, uno llegaría al paroxismo.

Ahí está otra vez. Ya no es el cisne moribundo, ni la pobre Psiqué atormentada. Es la Muerte. La Muerte en persona. Sus manos se agitan sobre el foso de la orquesta. Conjura a los violines del otro mundo que estallan en una danza macabra. Sus dedos saben inventar la música, la convierten en cosa visible, palpable. Uno pensaría que este es el último número del programa —tal me pareció la primera vez que la vi—, y que al salir a la calle habrá de encontrarse con el mundo desierto. *Memento mori.* Y después la nada. Pero no es así. Este es el triunfo sobre la muerte. Muerto está lo que no danza. Así, como estás vos, inmóvil en tu palco, incrustado en las sombras como el único sobreviviente de un barco semihundido. Y entre vos y ella, esa tiniebla de cielo desplomado.

Otra pausa. Estará tendida en un rincón, jadeante, empapada de sudor, frotándose el cuerpo, lentamente, con voluptuosidad narcisista. Se prepara para el número final: Himno al Amor. La primera vez aplaudí a rabiar, hasta que las dos manos se me partían de dolor. Pero ella es sorda a los aplausos. Baila como si estuviera sola en el teatro. Después comprendí que el mejor homenaje era el silencio. Me lo hizo entender aquel chistido de lechuza que partió de la galería alta, adonde van los que saben. Y hasta me dio por pensar que la bailarina es sorda o finge serlo, para que uno aprenda a sentir la música ideal. El foso de la orquesta está desierto, y sin embargo uno aseguraría que se oyen acordes muy sutiles. Ella inventa la música y vos aprendés a escucharla con los ojos. Nunca se vio en Montevideo nada por el estilo. Ni Clotilde Sakaroff, ni Alicia Alonso, fueron capaces de realizar semejante prodigio. Por eso no me pierdo ninguna función. Vengo temprano y me instalo en el único palco disponible, con el frasco de caña que se entibia bajo el sobretodo.

Vuelve a entrar. Es sublime. Lánguida y contenida al principio, acelera lentamente el ritmo hasta alcanzar el vértigo. Ahora se desnuda, llama al amante imaginario, le hunde los dedos en el cabello, le acaricia los labios, el cuello, los hombros y, tendiéndose sobre las cenizas, concluye la danza en una entrega, ajena por completo a vos, el único espectador, que venís cada tarde a ver bailar a la pobre loca en medio de lo que quedó del teatro Urquiza después del incendio.

LA NOCHE DEL DIA MENOS PENSADO

Fue hace cinco años. Nos encontramos en la Ciudad Vieja y ella se alegró al verme: después de tanto tiempo, querido, casi no has cambiado; yo le mentí: vos tampoco. Claro que el cambio la favorecía; más llenita de cara y el pelo natural (se había cansado de parecer rubia), pero el embarazo que ya promediaba me entristeció un poco, si bien le otorgaba esa belleza plácida de las mujeres grávidas dibujadas por Durero.

La dejé ir sin averiguar mayores detalles de su vida, que preferí imaginar a mi manera. Después lamenté no haberle confesado que a menudo pensaba en ella y que al pasar por aquel bar de la calle Sarandí donde me dijo una mañana: es necesario que esto se defina de una vez o se termine, yo entraba, me sentaba, si era posible, a la misma mesa o si no, a la más próxima, pedía un café, y esperaba que el azar me la trajera.

Mientras se alejaba alenté la esperanza de volver a encontrarla por esas calles el día menos pensado, aunque la próxima vez viniera con un niñito de la mano, que no nos dejaría charlar en paz, pues exigiría revistas o caramelos y rompería a llorar y nos obligaría a despedirnos.

Pero las cosas ocurrieron de otro modo, de un modo extraño que no es fácil de entender, que he analizado durante toda la tarde y que ahora, entrada la noche, reconstruyo por escrito, no para dejar un testimonio poco creíble para los demás, sino para vencer al sueño, pues escribir me excita, y mientras sostenga la estilográfica en la mano es seguro que no habré de dormirme.

Serían las siete de la mañana cuando me despertó la sirena de entrada de una fábrica o la bocina de una locomotora. Por la ventana entornada penetraba un aroma de huertas. No reconocí las cortinas, ni las guardas del empapelado, ni el ropero de jacarandá, ni el retrato de una señora sobre la cómoda.

Suele ocurrir que después de un sueño profundo uno se despierta con la sensación fugaz de encontrarse en un lugar extraño, pero los objetos no tardan en recuperar su aspecto familiar para restituirnos a lo de siempre.

Pero esta mañana la cama no era la misma en la que me había acostado la noche anterior en un hotelito de Rivera; a mi izquierda no estaba el roperito azul con pintura saltada que delataba que antes había sido verde y mucho antes blanco; ni había, en un rincón, un lavabo de hierro esmaltado. Me incorporé aturdido y me levanté sin prisa para dirigirme a la ventana, pero antes de asomarme para echar un vistazo a la calle, examiné la habitación y los muebles. Recién entonces me di cuenta de que no había dormido solo; el camisón confundido con las sábanas impregnadas de perfume de mujer y el hueco que había dejado una cabeza en la otra almohada, terminaron de despabilarme. Estaba ansioso por conocer a la compañera de una noche sin memoria. No me atreví a abandonar la habitación, pues ignoraba qué encontraría al otro lado de la puerta entreabierta que dejaba ver un ángulo de un patio con macetas. Un cardenal comenzó su palinodia en el mismo instante que alguien abría una canilla sobre un recipiente de metal, después sacó cubiertos de un cajón, colocó dos tasas de loza sobre sus platillos, levantó la tapa de un tarro de lata —sin duda contenía galletas—, se llevó por delante un taburete, abrió con dificultad la puerta de un armario, y por último me preguntó entre bostezos:

—¿Ya querés el té?

—¡Café! —grité con naturalidad.

—Ultimamente preferías té.

—¡Pero hoy se me antoja tomar café, y bien cargado!

—¿Cuándo aprenderás a ser coherente, al menos por una semana?

—Si no preguntaras tonterías nos ahorraríamos una discusión.

—Te estás repitiendo, tesoro; eso mismo lo dijiste ayer y, si mal no recuerdo, también antes de ayer.

Me sorprendió, pues yo creí que lo decía por primera vez.

Los pocos segundos en que canturreó el tema IT'S ONLY LOVE bastaron para reconocer decididamente su voz. Volví a la tarde toda azul, desde el cielo hasta la sombra de los zaguanes, cuando le confesé que era la única mujer que me conmovía y en la que podía pensar el día entero sin aburrime. No lo creyó, o fingió no creerlo, y se puso a tararear no sé que melodía con el mismo tono indolente que llegaba ahora de la cocina.

—¿Cuánta azúcar?

—Me da lo mismo— contesté.

—Decidite, corazón. No me hagas perder tiempo que hoy tengo que presentar la tesis.

Recordé que Margarita estudiaba ciencias, lo que no me disgustaba pese a mi incapacidad para comprenderlas. Era una ventaja; la literatura la hubiese vuelto neurótica. Ya no tenía duda de que se trataba de Margarita. Sin embargo no me atrevía a nombrarla antes de ver su rostro con aquellos ojos de color cambiante. Lo que más me inquietaba era mi desconocimiento absoluto de la situación. Tal vez hubiera despertado en otro cuerpo, en el del hombre con quien ella vivía, y mi rostro sería su rostro y hablaría con su voz. Creí reconocer mis manos, con la pequeña herida en el pulgar derecho que me hice cuando ayudé a la señora anciana a subir al tren. Fue con una varilla de un paraguas. Todavía me duele. No reconocí empero, el piyama celeste ni las pantuflas, y en vano busqué mis lentes sobre la mesa de noche. Aunque no los necesitaba, pues jamás he visto con tanta nitidez como ahora. De pronto recordé al hombre sentado frente a mí en el largo viaje a Yaguarón y volví a ser presa del terror. Mi único remedio era borrar del pasado todo aquello que nada tuviera que ver con Margarita y tratar de mantenerme despierto.

—¡El café bien cargado! —insistí.

No quise mirarme al espejo. Me angustiaba la posibilidad de verme otra cara. No podría soportarlo. Y esa obsesión amenazaba con empañar la dicha del *día menos pensado* es decir, hoy, a punto de ser ayer.

Por fin apareciste. Yo estaba de espaldas, pero no me volví de inmediato. Me dirigí a la ventana, levanté la cortina y observé las casas de enfrente. No tuve valor para encararme contigo de buenas a primeras. Era preciso avanzar por etapas. Primero, sentir tu presencia en la habitación, luego, la conversación trivial, perezosa, de los matrimonios por la mañana, y extraer de tus palabras las claves que me ayudaran a tomar posesión de mi nueva, inesperada circunstancia.

Te movías a mis espaldas. Tus chinelas sonaban levemente sobre el piso de tablas, no como pasos, sino como si alguien ejecutara una música ingenua en un instrumento de tablillas.

Me volví cuando te soltabas el cabello frente al espejo. Eludí el espejo y fui a sentarme en el borde de la cama a beber mi café. Te acercaste y me levanté de un salto para abrazarte y besar tu boca y tu cuello. Te sorprendió que lo hiciera con tanto ardor, pero mucho más que me dejara caer sobre el colchón y te invitara a acostarte a mi lado.

—Estás desconocido, cariño; a esta hora nunca se te ocurre. ¿Es

que no pensás ir a trabajar? ¿No me dijiste anoche que tenías montañas de trabajo atrasado y que volverías muy tarde?

—No, no pienso ir. Me rebelé.

—Veo que has decidido cambiar de vida, y sin previo aviso. Tendrás ganas de que te echen del empleo.

—Bueno, no exageres. Uno tiene derecho a enfermarse.

—No dudo de que estés enfermo. Te levantaste raro esta mañana. Justo hoy se te antoja quedarte en casa; yo pasaré todo el día afuera. Que disfrutes del divino ocio. El nene se quedará con los tíos hasta el domingo. Nadie te molestará. Si suena el timbre, hacete el sordo.

—¿Por qué no hacés como yo? Mandás todo al diablo y te quedás conmigo.

—Sí, ¿y que les digo después a los señores académicos que me están esperando para la defensa de la tesis? "Disculpen, señores, mi marido se despertó holgazán y me tuvo secuestrada". Mirá Rodolfo (me enteré al fin cómo me llamaba), si no querés que me den la beca, me lo decís sin rodeos... Ahora se me hace tarde, ¿entendés? No tengo tiempo para gastarlo en bobadas.

—No te pongas así, preciosa... Sucede que hoy me siento romántico, bohemio, descubrí que sos una mujer fuera de serie. Hasta ahora no me había dado cuenta. Es como si te viera por primera vez. Uno trabaja hasta el agotamiento y se pierde lo mejor de la vida. Pero llega el momento en que escuchás la señal de alarma y tenés que desconectar, si no querés que las obligaciones te aplasten. Se acabó el streeeeesssss! Me siento libre, enamorado de vos, y no pienso más que en el abandono y la entrega.

No me escuchaste. Deliraba, claro. Dejaste apresuradamente la habitación y entró en el baño.

Otra vez la voz de Margarita cantaba IT'S ONLY LOVE, ahora bajo la ducha. El cardenal me irritaba con sus pitidos que rompían el hechizo de la voz cálida que sonaba mejor bajo la lluvia. Como la puerta del baño quedó abierta, pude ver la silueta de su cuerpo esbelto a través de la cortina. Estuve a punto de cometer una locura, pero logré contenerme ajustándome a los hábitos matutinos de Rodolfo.

Salió del baño y volviste al cuarto sin preocuparte demasiado por mi comportamiento errático. Lo único que te preocupaba era la famosa tesis y los señores académicos. De Rodolfo y su conducta de niño desplazado

te ocuparías a su indebido tiempo, es decir, cuando él estuviera cansado y sin ganas.

Mientras te vestías, fijé la mirada en el techo para combatir tentaciones a deshoras. Guardé silencio, cuando lo que correspondía era intentar declararte la verdad, ¿pero qué hubiera tenido que hacer para convencerte? Me hubieses increpado: Rodolfo, ahora no es tiempo de escuchar tonterías.

De todos modos jamás hubieras entendido la historia que se inició hará veinte días en un viaje interminable a la frontera. Me dirigía a Yaguarón. El viejo sentado frente a mí en el compartimiento de segunda no me quitaba los ojos de encima. Parecía ebrio, aunque no se le sentía olor a bebida. La insistencia de aquella mirada que me examinaba a fondo, no tardó en fastidiarme. Cuando me levanté para cambiar de asiento, me agarró de una muñeca, obligándome a volver a mi lugar. *"Usted es un hombre quebrado, amigo; su vida no tiene sentido"*. Me repugnó su impudicia y alcé la mano libre para abofetearlo. *"No será capaz de pegarle a un pobre viejo* —prosiguió—; *y sepa que no me castigará a mí. Yo no soy este pobre viejo"*. Me dispuse a escuchar al excéntrico que me ayudaría a soportar un viaje tedioso de más de doce horas. *"Usted se encuentra condenado a una existencia miserable y no le halla salida. Lo leo en su rostro, en sus zapatos, en el nudo flojo de la corbata, en esa barba de dos días"*. Le expliqué que me habían echado del empleo y por eso me había dedicado al contrabando menudo para poder subsistir, y que me sentía abrumado. *"Ha cosechado muchos fracasos, amigo, infinidad de fracasos"*. Mi interés por el viejo iba en aumento. Tal vez conociera la fórmula que me permitiera cambiar de rumbo. *"...Y un amor desdichado"*. Pensé en vos y le dije que era cierto. *"No se necesita ser vidente para captarlo. Hasta un ciego lo notaría. Usted huele a difunto, amigo. Me permitiré sugerirle algo. Nadie está satisfecho con su propia situación, pero al fin nos conformamos con hacer lo que se puede, resignando así nuestra escasa libertad. Hay quienes piensan que el problema se resuelve emigrando, convencidos de que la fortuna habla otro idioma. Solución precaria. La clave de la salvación en este mundo está en la transmigración, no en la que creen algunos sanatones, sino en la transmigración antes de la muerte. Después no hay nada, amigo. Como dice la Biblia,* "Todos hemos de morir; como el agua que se derrama en tierra no se vuelve a recoger, así Dios no vuelve a conceder la

vida". *Los ejercicios transmigratorios son algo complicados, aunque no requieren una disciplina tan estricta como el yoga".* Y me explicó las sucesivas etapas de la automortificación liberadora que consiste en desprender uno a uno todos los filamentos que ligan el alma al cuerpo; describió minuciosamente las posiciones de los pies y de las manos (dorso contra dorso); la respiración acelerada, cada vez más acelerada, el aumento voluntario de la temperatura y de los latidos del corazón hasta los límites de lo intolerable, etcétera; y yo anotaba prolijamente en mi agenda lo que el viejo me dictaba. "...*Entonces está preparado para el desprendimiento sutil, para el sueño transmigratorio durante el cual el alma se muda a otro cuerpo. Como no es inmortal, existe mientras tenga la facultad transmigratoria; y volando de cuerpo en cuerpo, fugándose durante el sueño, puede prolongar su existencia durante siglos, pero finalmente cae en la trampa y muere. Al principio anhela transmigrar llevada por oscuros deseos, como ahora yo y tal vez usted mañana; pero luego aprende a no desear y se abandona a los designios inescrutables del Altísimo, el único inmortal porque es eterno. Lo demás es insignificante, y no importa en qué cuerpo se aloje uno al despertar, como yo en éste de un pobre anciano. Recuerdo haber estado poeta* (entienda bien que digo 'haber estado' *y no* 'haber sido', *porque no he sido ninguno de los que habité), enfermero, empleado, presidente vitalicio, cura, maestro, barrendero, proxeneta, enterrador... Originariamente fui un criminal. En la cárcel, alguien que transmigró a mi compañero de celda me inició en los ejercicios y así pude fugar de la prisión a la que estaba condenado de por vida. No hace mucho estuve abogado y me enteré, conversando con un célebre penalista, que mi cuerpo fue encerrado en el manicomio. No es necesario encontrarse en el presidio para tener necesidad de huir. Su situación es bastante embarazosa, se me ocurre. Y además, esclavo del amor, ¿no es cierto? Si se decide usted por los ejercicios transmigratorios, sospecho que al principio sufrirá bastante. Si alguna vez se aproxima a la mujer amada, más que alegría, sentirá el dolor de perderla en el próximo sueño. Lamentablemente, uno no puede alojarse donde quiere. Quizá se esté preguntando qué sucede si por azar uno despierta en el cuerpo de la mujer querida, o en el de cualquier mujer. No tema. El Altísimo lo ha previsto todo: el alma no cambia de sexo".*

A un tipo que te habla así, no podés dejar de escucharlo. Al prin-

cipio pensé que era un bromista que prometía un viaje entretenido. Pero cuando me encontré solo en la pieza del hotelito, sin ventanas a la calle, para sobrellevar mi insomnio me puse a ensayar los ejercicios transmigatorios, porque sí, de aprendiz de brujo nomás. Durante dos semanas los practiqué al pie de la letra, no porque creyera de veras en las palabras del viejo, sino porque me dejaban tan extenuado que dormía hasta la madrugada de un tirón, sin necesidad de recurrir a los sedantes, y aquí me tenés, en el cuarto donde desperté esta mañana, y donde ahora te espero, como si fuera Rodolfo el que te espera. Y escribo y escribo, porque sé que mientras escriba no habré de dormirme.

Cuando acabaste de vestirte preguntaste: —"¿Cómo me queda el tailleur? —¡Estupendo! Con ese cuerpito nada puede quedarte mal". Salté de la cama y me abracé de tu cintura y te besé locamente. "Reservá esos bríos para luego" —dijiste. Y agregaste con malicia: —"Y espero que esta noche no te caigas de sueño" (Ese es tu problema, Rodolfo).

Te seguí como un perro a la habitación contigua donde están los instrumentos, tus libros y papeles. Recogiste las carpetas que contenían la tesis capaz de revolucionar la física moderna.

Me inquietaron los espejos paralelos sobre la mesa de trabajo. (Hoy evito los espejos; no quiero verme Rodolfo, y es por eso que no me afeité la cara del otro).

—¿Y ese péndulo suspendido entre los espejos, para qué sirve? —te pregunté.

—Me alegra que alguna vez te intereses por lo que hago, aunque sos bastante inoportuno. Ahora no es el momento de explicarte lo que ayer te aburría. El partido de fútbol era mucho más interesante ¿es cierto, o no?, aunque te quedaste dormido frente a la tele.

—¿Y esto otro?

—No puedo creer que recién descubras el oscilómetro japonés que me mandó Evelyn! Es que nunca te dignás a entrar en el gabinete de la doctora Margarita, la cocina de la bruja, como lo llamás... Chau, querido (y me diste un beso imperceptible); volveré algo tarde. Tal vez cene con Paquita y con el profesor Kramer. Están interesadísimos en mi trabajo. Kramer tiene vínculos con la Scientific American. ¡Imaginate!

Bajó la escalera en un vuelo, y desapareció como si se hubiese diluido en la luz de la mañana. Me asomé a la ventana, pero no la vi ale-

jarse entre los plátanos. Hasta dudé de su existencia.

El mediodía me encontró hurgando en sus papeles. Fórmulas, ecuaciones, extraños diagramas. No podía entender nada, pero me complacía en seguir con la mirada los trazos rítmicos de su escritura presurosa. Pero en la libreta de tapas rojas hay anotaciones claras y accesibles, aunque parciales. Son reflexiones, y resúmenes de la marcha de sus investigaciones que se iniciaron, según parece, hace tres años. Hay fechas en algunos márgenes. La libreta de tapas rojas es el diario científico de Margarita.

Interrumpí la escritura para repasar algunas páginas de la libreta. Algo he comprendido y se trata, al parecer, de lo siguiente: Luego de mediciones muy precisas, descubrió que las infinitas imágenes de un péndulo en los espejos paralelos presentan en sus respectivas oscilaciones tiempos variables. A partir de la imagen 50 en el espejo A o B ya se advierte una diferencia en menos de una milésima de segundo, diferencia que se acrecienta notablemente a partir de la imagen 100, por lo que se deduce que en un punto x el movimiento de la imagen es igual a 0 y a partir de allí las imágenes oscilan en forma creciente-decreciente hasta que en x' el movimiento es nuevamente nulo, y así sucesivamente...

Se me hace claro, muy claro. La imagen no depende totalmente del cuerpo que la proyecta. Se mueve con otro ritmo. Posee su propio tiempo. En las últimas páginas de la libreta, Margarita hace filosofía. Dice que con los hombres sucede lo mismo que con las imágenes en los espejos paralelos. Cada cual tiene su tiempo que no coincide con el tiempo de los otros. Los historiadores se esfuerzan por hacerlos coincidir, pero lo único que han logrado es sumirnos en una terrible pesadilla. La Historia es el tiempo de nadie.

Yo, el viejo del motocar y tantos otros transmigradores anónimos nos hemos fugado de la historia... Pero Margarita no debe enterarse de los ejercicios transmigratorios. La conozco, sé que la tentaría la posibilidad de ser irrepetible como las infinitas imágenes del péndulo en los espejos paralelos. Se libraría de Rodolfo. Pero yo, egoísta de mí, no la encontraría jamás. ¿En qué niña, en qué muchacha, en qué matrona, en qué vieja, despertaría Margarita cada día? Este escrito debe ser destruido. Lo haré antes de que me venza el sueño.

Escribo para mantenerme despierto. Descifrar la letra de Marga-

rita en la libreta roja, me ha llevado la mayor parte del tiempo. Es tarde, aunque no sé exactamente la hora. Rodolfo no ha tenido ni hambre ni sed. El reloj despertador se ha detenido a las cinco y veinte. Parece que es el único reloj que hay en la casa. El de Rodolfo debe de estar guardado en el cajón de la mesa de noche. Margarita no viene. Tal vez se haya quedado de sobremesa con el profesor ¿Discutirán la tesis? Acaso a Rodolfo no le importe demasiado. Pero a mí sí. Podría salir a su encuentro, o llamar por teléfono a todas partes hasta ubicarla. Tengo sueño. No debo dormir. La calle está muy oscura. No se oyen pasos ni rodar de vehículos. Más allá de la ventana hay negrura de abismo. El profesor Kramer tendrá la amabilidad de acompañar a Margarita. Cuando oiga que su auto de detiene frente a la puerta me asomaré por la ventana y saludaré al profesor. Hola, señor Kramer! (Se supone que lo conozco). Lo invitaré a subir pero él será bastante sensato y comprenderá que se trata sólo de un cumplido. Me parecerá que Margarita demora la eternidad en subir la escalera. Cuando la vea delante de mí ya no sentiré este peso de plomo sobre los párpados; el sueño se disipará, y gozaré con ella la noche entera.

No soporto más. Me froto la cara con hielo para no dormirme. Se derrite, y el agua cubre la mesa y chorrea sobre la alfombra. Margarita se pondrá furiosa cuando vea este desorden. Espero que sepa comprender todo lo que hago para esperarla. Si me duermo, ya no la veré. Quién sabe dónde habré de despertar mañana. ¡Si el Altísimo me concediera el don de poder renunciar al sueño por esta noche al menos!

Es posible que despierte muy lejos, Margarita, que jamás te vuelva a ver, que mañana amanezca en un carro de gitanos, o en un barco que remonta un río, o en un hospital, o en medio de un campo de batalla. Pero si me quedo en esta ciudad o despierto cerca de aquí, te juro que te buscaré... o te escribiré de donde sea. Recibirás cartas de lugares insospechados, de países inverosímiles, cientos de cartas, miles de cartas, no haré otra cosa que escribirte cartas. Es el único proyecto que puedo acariciar. Y algún día estaré cartero y te entregaré mis propias cartas. Que el Altísimo me oiga.

Todo el hielo que hallé en el refrigerador se derritió sobre mi rostro. Los papeles están completamente mojados; la escritura, borrosa, pronto será ilegible. Me alegro. Sólo escribo para no dormirme. No resisto más. Se cierran mis ojos. Lo siento, Rodolfo.

EL PUENTE ROMANO

Supieron que andaban cerca del Itapebí, porque de vez en cuando oían el rumor de la creciente que comenzaba a ceder luego de dos jornadas sin lluvia. Hombres y cabalgaduras se encontraban extenuados a causa de una marcha sin tregua por los barrizales de los bajíos, al amparo de la niebla persistente. Las brújulas eran ahora tan inútiles como los mapas, guardados en las maletas, y que sólo habían sido examinados por mera curiosidad en Buenos Aires, antes de la salida del tren.

Ninguno sabía con exactitud dónde se hallaban, sino el baqueano que habían conchavado tan pronto cruzaron el río Uruguay con los restos de la fracasada expedición de Juan Smith. Al que capitaneaba el grupo no le inspiraba mayor confianza ese tape de pocas palabras y mirada esquiva; tal vez era un espía. Pero llevaban prisa y no había tiempo de procurarse otro. Era preciso arriesgarse y mantenerse alerta. Los aguardaba una larga marcha antes de poder reunirse con el grueso del ejército rebelde que se concentraba en la frontera norte. Pero el capitán disimuló sus preocupaciones para no desalentar el fervor que mantenía firme la moral de sus hombres. Ya habían tenido bastante con cruzar el río Uruguay acosados por los barcos argentinos. Eran ocho voluntarios, jóvenes, sin experiencia en la guerra, salvo uno que había peleado en la revolución del Quebracho y servía como instructor. En las inmediaciones del Salto, un correligionario les había suministrado las armas: dos escopetas, un máuser y tres pistolas, que con el Colt del capitán, un sable y algunos cuchillos, constituían el reducido arsenal.

El ruido de la correntada y la pendiente, ahora más pronunciada, indicaban que estaban más cerca de la orilla; pero para llegar al agua debían internarse en el monte feraz, de modo que lo fueron bordeando a la espera de que aclarara. Pisaban terreno más firme, cubierto por apretada gramilla, pero a cada paso tropezaban con raigones y piedras. La marcha se hacía tan lenta como en los bajíos. Iban muy cerca unos

de otros, siguiendo puntualmente las indicaciones del guía que aseguraba que en una hora alcanzarían el vado.

—¡Cómo por el vado! —protestó el capitán—, si no debemos estar lejos de un puente. Recuerdo que en el mapa figuraba un puente.

—Por ese puente no se puede, patrón —aseguró el guía—, nunca se pudo. No hay más remedio que cruzar por el vado.

—¡Pero en el mapa figura un puente!— insistió el capitán, casi convencido de que el baqueano estaba al servicio del gobierno.

—Usted me contrató para esto. Si no le sirvo, lo dice y me vuelvo a mi rancho.

—No, ahora no te podés ir. Antes hay que aclarar este asunto.

El capitán detuvo el caballo y hurgó en las maletas, buscando el mapa al tanteo. Estaba húmedo como todo lo demás, pero el papel era suficientemente grueso para resistir los rigores de la intemperie. Lo desplegó con cuidado, encendió lumbre y siguió con el índice la línea sinuosa del Itapebí. En efecto, una legua antes del vado había un puente. Pero recién ahora descubría algo en que no había reparado la primera vez: una tachadura algo borrosa trazada con lápiz de punta fina y también una anotación que no logró descifrar ni con el auxilio de la lupa.

Reanudaron la marcha. El capitán trató de develar el misterio.

—Decime, indio, ¿por qué no se puede utilizar el puente?

—Porque no se puede, nadie pudo.

—¿Está roto?

—No, no está roto. Está tan entero como el día que lo terminaron. Eso dicen, y también dicen que por más que uno camine sobre él, nunca se puede ganar la otra orilla.

—¿Vos intentaste alguna vez?

—Nunca bajé al río por ese lugar, pero conocí a algunos que lo intentaron, y juran que jamás pudieron. Hasta cuentan de un pobre tropero que se volvió loco. Lo que puedo afirmar es que el puente está engualichado. Hay quienes aseguran que un día anduvo el mismo Diablo por el pago, montado en un azulejo y que al otro día apareció el puente por donde se fue rumbo al norte una noche de tormenta. Unos guapos intentaron seguirlo pero apenitas aclaró se encontraron con que iban rumbo al sur

—¿Y a vos nunca te picaron las ganas de curiosear?

—No señor, porque a mí esas historias ni me van ni me vienen.

Cuando tengo que cruzar el Itapebí, me arrimo al vado. Además la otra orilla es como ésta, puro monte y nada de camino. El puente no sirve para un cuerno. El único que conoce la historia y se la cuenta a quien se anime a interpretarla, es un cura viejo que vive en el Salto. Cuando termine esta guerra, Dios le dé salud, patrón, para que pueda ir a averiguar, si le interesa. (*)

Los otros iban callados. Algunos dormitaban. Parecía que siempre volvían al mismo sitio, que esa palmera insinuada entre los vapores fríos era la misma que habían dejado atrás hacía media hora.

Al disiparse un poco la niebla, el baqueano señaló una picada y dijo que si bajaban por ahí no demorarían en llegar al puente, pero que era inútil tomarse el trabajo, pues no podrían cruzarlo.

—Vamos a investigar —ordenó el capitán.

—No me queda más remedio que acompañarlos, porque si los dejo ir solos, es una fija que se me pierden en el monte —agregó el baqueano con arrogancia.

El capitán no lograba disipar sus temores. Cada vez le gustaba menos aquel hombre que se había adueñado de la situación y que tal vez los hiciera caer en una celada en la que serían degollados sin piedad. Pero sobre todo lo ofendía su obstinación en pretender hacerles creer las fábulas del puente encantado.

A poco de entrar en el monte fue necesario echar mano al sable para cortar las ramas espinosas que se enganchaban en los ponchos. Llevaban los caballos del cabestro; el baqueano había dejado el suyo fuera del monte y se movía como un reptil entre la maraña, señalándoles la ruta.

Los muchachos, jadeantes y con los rostros cruzados por numerosos

---

(*) Lo que el cura viejo contaba no todos podían entenderlo: el puente había sido construido a fines del siglo XVIII por un ingeniero excéntrico especialista en construcciones militares, al servicio de Carlos III, que buscó un lugar apartado para reproducir un modelo de puente como aquel que el astrónomo Al Muzewa mandó erigir sobre el Guadiana en el siglo XIV, aplicando a sus cálculos la ecuación del movimiento retrógrado del planeta Marte, y que la Inquisición ordenó destruir por considerarlo obra del demonio por arte de brujería. La escasa utilidad de una construcción semejante y la complejidad de los cálculos que exige su ejecución, determinaron que no fuese emulada hasta que el ingeniero Leoncio Arolas, hombre ilustrado, se propuso demostrar que se trataba de un problema matemático y que sólo la ignorancia del vulgo y el fanatismo dogmático habían dado lugar a creencias supersticiosas. Fueron pocos los que prestaron atención a la obra, en parte por lo aislado del lugar, y principalmente por las repetidas guerras del pasado siglo. Sin caminos de acceso, y en medio de una estancia cimarrona, finalmente fue olvidado. A principios de siglo aún se mantenía en pie gran parte de la estructura. Todavía pueden verse algunos restos que pronto desaparecerán bajo las aguas del lago de la represa.

rasguños hubieran preferido que el capitán aceptase las recomendaciones del guía respecto a la conveniencia de utilizar el vado, pero no se atrevieron a terciar en la conversación, considerando que les esperaban circunstancias todavía más ingratas. Era mejor endurecerse de a poco.

De pronto, el capitán ordenó detener la marcha; el guía había desaparecido. El ruido de la correntada y el que hacían las botas y los cascos al ser succionados por el lodo maloliente y al desprenderse con dificultad, para hundirse nuevamente, no evitaba que se sintiesen como atrapados en un silencio de muerte. Instintivamente se acercaron unos a otros, sin decirse nada, con el oído atento. El capitán amartilló el revólver y, como si hubiesen interpretado una orden, los jóvenes voluntarios aprontaron sus armas. Algunas manos temblaban, tal vez por el frío intenso del interior del monte. Pasaron largos minutos antes de que se oyera la voz ronca del baqueano:

—¡Por aquí!, ¡sigan derecho!

Sin bajar la guardia se pusieron en movimiento y no tardaron en dar con un claro cubierto de paja brava; un poco más adelante, luego de ascender por una pequeña elevación descubrieron la silueta del puente romano, en medio de la neblina dorada por la luz del amanecer, con sus bases amplias, los tres arcos y la calzada elevándose hacia la mitad de la construcción. El capitán consideró que si cruzaban por ahí se ahorrarían un buen trecho por más dificultades que opusieran el monte y los bañados que, según el mapa, quedaban un poco más al norte.

Atrajo la atención de todos la fuerza del remolino que se formaba bajo el arco central. El capitán estaba seguro de que el vado no daría paso aún. Sería insensato desaprovechar la posibilidad de cruzar por el puente, pero primero había que explorar. Ordenó a cuatro de sus hombres que lo acompañaran. Los otros cuatro quedarían atrás en previsión de cualquier emergencia. Le gritó al guía que marchara adelante.

—Yo no voy, patroncito; prefiero volverme al Salto, aunque no me paguen. Ya no me necesitan.

—No te me retobes, indio; tendrás que ir aunque te duela. Sin duda nos querés embromar.

—Nada de eso, se lo juro por mi madre.

—¡Andando! —gritó el capitán, empuñando el revólver para intimidar al baqueano que entró en el puente de mala gana. Estaba asus-

tado. Los que quedaban en la retaguardia cerraron filas para evitar todo intento de fuga.

Marchaban muy lentamente porque la niebla volvía a cerrarse. El capitán iba a caballo apuntando a la cabeza del guía; los otros los seguían de a pie, con las armas listas y ansiosos porque aquello terminara de una vez por todas.

Por entre las piedras de la calzada crecían variedades de matas cubriéndolas de una alfombra que amortiguaba los pasos. Uno de los muchachos se detuvo un instante al descubrir sobre una losa un número arábigo. Más adelante apartó con la punta de la bota la maleza y encontró tallados en la piedra algunos signos algebraicos. Comprobó también que la calzada tenía una ligera curvatura hacia la derecha, pero al descender por la otra mitad notó que se curvaba hacia la izquierda. No había tiempo para sacar conclusiones.

El guía tenía miedo. Se resistía a seguir.

—Por Dios, patrón, ¡déjeme volver!

—No seas maula y seguí, si no querés que te reviente el cráneo.

Se acercaban a la orilla opuesta. El curioso seguía investigando: ahora entre unas matas holladas alcanzó a ver los mismos signos, pero invertidos. Iba a decirle algo al capitán, cuando éste sujetó las riendas y les dijo en voz baja que tuvieran cuidado.

En efecto, al final del puente se distinguían siluetas humanas. Tres o cuatro, tal vez cinco.

El capitán increpó duramente al guía.

—¿Y esos quiénes son? ¡Vas a decirme que no sabés!

—Parecen fantasmas, patrón.

Indignado por la burla de que era objeto, apenas pudo contener la cólera.

—Vas a ser el primero en morir, ¿oíste?

El baqueano avanzó otro poco, y cuando sus ojos avizores descubrieron a los otros se heló de terror.

—¡Son los mismos, patrón!

—¿Los mismos, quiénes?

El infeliz ya no pudo articular palabra y echó a correr despavorido.

Seguro de la traición el capitán disparó dos veces sobre las espaldas del baqueano que emitió un grito ahogado. Pero no cayó enseguida: llevado por el impulso fue a desplomarse bañado en sangre, cerca de

los hombres de la orilla, quienes, al reconocerlo, buscaron dónde guarecerse para repeler el ataque del grupo que se movía entre los vapores que flotaban sobre el puente.

El capitán ordenó a sus hombres que abrieran fuego granead0, y comenzó un tiroteo que se prolongó por diez minutos y que cesó abruptamente. Cuando el capitán se lanzó a todo galope sobre sus enemigos mal resguardados, una bala de máuser se incrustó en el pecho de su caballo. Mientras el jinete se incorporaba trabajosamente en medio del lodazal, el único sobreviviente de los contrarios aprovechó el momento de confusión para abandonar su posición y huir a refugiarse en el monte.

Fuera de sí, el capitán echaba maldiciones a todos los vientos. Maldijo a la niebla cómplice, al baqueano que los había traicionado, sin recordar sus advertencias de que por el puente no se podía cruzar. Lo vio agitarse a sus pies, presa de las últimas convulsiones. Escupió sobre el moribundo, y luego se acercó lentamente al lugar donde yacían los tres enemigos abatidos, para descubrir con estupor que eran los mismos muchachos que habían quedado en la retaguardia. La cabeza comenzó a darle vueltas en un vértigo acelerado. Imposible intentar comprender aquéllo. Volvió al puente y cayó sin sentido sobre la calzada antes de reunirse con quienes lo habían acompañado: dos se desangraban ante la desesperación de los otros dos que no sabían qué hacer.

Cuando volvió en sí le pareció que había tenido una pesadilla, pero al incorporarse comprobó con amargura que la pesadilla continuaba. El sol estaba alto y la niebla se había disipado. Sobre la calzada yacían dos cadáveres. Los sobrevivientes no estaban ahí. Tal vez estuvieran en la orilla lavando sus heridas. Se puso de pie y recorrió el contorno con la vista, pero no los halló. Lo habían abandonado.

Lo mejor sería marcharse de ese paraje maldito lo antes posible. Subió por el ribazo en dirección al monte donde esperaba encontrar alguno de los caballos, pero antes de internarse en la maraña volvió la cabeza para echar un último vistazo. Contempló la otra orilla y la mitad de la calzada cubierta de carquejas que no habían sido pisadas ni teñidas de sangre.

Volvió sobre sus pasos. Ahora que todo se veía nítido bajo un cielo sin nubes, ahora que no tenía prisa, podía dirigirse, lentamente, a la otra orilla.

Entró de nuevo en el puente. Avanzaba despacio, muy despacio;

pasó junto a los dos cadáveres que estaban a su derecha, y cuando traspuso la mitad del puente sintió como un ligero vaivén, un mareo fugaz; y ahora tenía los dos cadáveres delante de sí, pero a la izquierda; y, más abajo: el baqueano, su propio caballo rígido como una estatua derribada, los tres voluntarios contra quienes había disparado sin piedad. Sin perder la calma, giró cautelosamente la cabeza, y vio a sus espaldas las carquejas intactas y la otra orilla.

Después probó hacer el recorrido atendiendo únicamente a su propia sombra, que al pasar el punto medio de la calzada se proyectó bruscamente sobre el parapeto opuesto. Luego repitió la operación mirando hacia el sol; y al sentir el vaivén, cerró los ojos y en su retina perduró un semicírculo de fuego. Sin desanimarse, volvía a comenzar, y siempre retornaba, sin percibir cómo, al punto de partida. Lo intentó diez veces, veinte veces (veía que su sombra se alargaba), cuarenta veces (se fijaba en las estrellas), sesenta veces... hasta que se olvidó de sí mismo.

EL INIMAGINABLE JUEGO DE HERMOGENES

Desde que, apremiado por las circunstancias, se vio obligado a vender aquel ostentoso juego de marfil que había heredado de su padrino, Hermógenes no jugó nunca más al ajedrez. No obstante, concurría casi todas las noches al Antequera, se sentaba en el fondo, donde es más intenso el olor a las letrinas, y mientras bebía su cerveza y fumaba sin cesar, observaba los gestos y reacciones de los jugadores sentados a las otras mesas. A veces se levantaba para analizar un final interesante y señalar los errores cometidos; pero jamás aceptaba un desafío.

Para él, el ajedrez había muerto. "Como juego ya no divierte —sostenía—; y como ciencia no tiene objeto". Su pasión consistía en buscar datos que justificaran su tesis. Envidiaba a Tristán e Isolda porque, jugando al ajedrez, hacían gran fiesta. (*)

Una noche me invitó a compartir su botella de cerveza para hablarme de Tristán y de la educación caballeresca en la que el ajedrez ocupaba un lugar destacado como confirmaban ciertos textos, por ejemplo aquel viejo romance de ausencia:

Mi marido es mozo y blanco
gentil hombre y bien cortés,
muy gran jugador de tablas
y también del ajedrez.

Seguramente —decía — Tristán no pensó jamás en el ajedrez como

(*) Cf. LIBRO DEL ESFORZADO CABALLERO DON TRISTAN DE LEONIS Y DE SUS GRANDES HECHOS EN ARMAS. Espasa-Calpe 1943. Capítulo XXI: "Después que Tristán e Iseo fueron dentro de la nao, el tiempo les hizo bueno e alzaron velas la vía de Cornualla. Y ellos yendo, así, un día don Tristán e Iseo, jugando al axedrez, hacían gran fiesta. E no había entre ellos ningún pensamiento de amor carnal. Y ellos habían muy grand sed. E Tristán dixo a Gorvalán que les diese de beber... E luego que Tristán e Iseo hobieron bebido el brebaje, fueron así enamorados el uno del otro, que más no podía ser, e dexaron el juego del axedrez e subiéronse arriba en una cama e comenzaron de hacer una tal obra que después en su vida no se les olvidó ni les salió del corazón por miedo de la muerte ni de otro peligro que les acaescer pudiese. Por lo cual se vieron en grandes peligros y vergüenzas hasta la muerte.

"E después que hobieron acabado su voluntad el uno del otro, tornaron a acabar el juego del axedrez que tenían comenzado".

problema. Con Isolda *hacían gran fiesta,* jugaban al ajedrez, sencillamente; y es dudoso que durante el lapso en que la partida quedó en suspenso (que fue cuando subieron al lecho para hacer el amor por primera vez), hayan discurrido acerca de enroques y gambitos. Por aquellos tiempos el ajedrez era considerado una parte y no un todo. Un caballero que abandonase la gloria, el amor, y hasta la crueldad para ensimismarse en las infinitas posibilidades de combinaciones y convertirse en un especialista, habría sido tenido por loco. A Don Quijote le faltó el ajedrez para que su locura fuera completa. Cervantes, sabio y humanísimo, supo dejar una puerta abierta. Lo cierto es que en algún momento de la historia que los eruditos podrán precisar con exactitud, el ajedrez se alienó, dejó de ser juego para convertirse en otra cosa; al perder su carácter de ingenioso pasatiempo, pasó a ser objeto de sesudos análisis lógico-matemáticos, causa de la paradoja que consiste en jugar (no se me ocurre otra palabra) al ajedrez sin el ajedrez, es decir, sin el tablero y sin las piezas.

Hermógenes sospechaba que la decadencia de la romántica caballeresca y el ascenso de la burguesía habían influido en dicho proceso de enajenación. Al burgués no le interesaría demasiado el aspecto de las piezas, o acaso le importaba mucho y consideró que era hora de introducir cambios. Ya no se necesitaban artífices que tallaran con minucia de detalles reyes, alfiles y peones. Bastaba con establecer diferencias mínimas determinantes del valor y la función de cada pieza. Así, las figuritas humanas fueron perdiendo manos, rostros y vestidos para llegar a tener ese aspecto ridículo que hace que un juego de ajedrez parezca más un muestrario de grifería. Se desconoció la importancia que tenía a los efectos del juego aquella sociedad en miniatura. Sin embargo, la tendencia vulgarizadora de la burguesía había respetado dos cosas: las torres y los caballos, que siguieron siendo torres y caballos pese a las mutilaciones sufridas. Hermógenes lo explicaba así: las torres, símbolo del burgo amurallado, halagaban en el burgués su sentimiento de seguridad intramuros; y el caballo, durante tanto tiempo privilegio de la nobleza, estaba ahora al alcance de la burguesía, pedestre ayer, ecuestre hoy.

Odiaba a Philidor, (*) a sus seguidores, y a todos los que dedicaban

(*) Philidor (1726-1795) que fracasó en sus reiterados intentos de ingresar como músico en la Corte donde se le cerraron todas las puertas, se las ingenió para llevar adelante un revolución burguesa en el tablero inventando el método de ataque por cadena de peones.

la totalidad de sus energías a un juego que como tal casi no existía. Me advertía acerca de los riesgos de semejante manía y, con el ánimo de fortalecer mi espíritu para que no se dejara dominar por la tentación, me suministraba lecturas ejemplares. Conservo un pequeño libro en que se plantea la cuestión del juego y la alienación bajo la forma de relato ameno. Entre los distintos personajes: el narrador ficticio para quien el ajedrez es pasatiempo y motivo de sociabilidad, el idiota que llega a ser campeón, el magnate californiano que considera que perder una partida supone una pérdida de prestigio personal, el más interesante es, sin duda, aquel Dr. B. que durante la ocupación de Austria por los nazis habría sido prisionero de la Gestapo, que le hizo objeto de un tratamiento "especial" con el fin de obtener datos acerca del paradero de las obras de arte que el gobierno de su país le había confiado para su custodia. Recluído en la habitación de un hotel, donde no había más que una ventana que daba a un muro, una puerta siempre cerrada, una lamparilla eléctrica siempre encendida, una cama, una silla, una mesa y una palangana; privado de todo objeto que le permitiera "jugar", aliviar su tedio; sin una hoja de papel, sin un lápiz, sin cigarrillos, sin reloj, no veía a nadie más que al guardia mudo que le alcanzaba la comida y, de tarde en tarde, a los oficiales que lo interrogaban. Solo abandonaba la habitación para asistir al interrogatorio que, sin embargo, no era lo peor. "Lo peor era volver después del interrogatorio a mi nada, a la misma habitación con la misma mesa, la misma cama, la misma palangana, el mismo empapelado". Esa situación se mantiene durante cuatro meses. Un día, mientras espera en la antesala del recinto donde se encuentran los inquisidores, logra sustraer un libro de un abrigo colgado a sus espaldas. Lo oculta entre sus ropas. Aquello era la salvación. Acaso un libro de poesías. Quizás Goethe. Tal vez Homero. Pero al abrirlo en su celda sufre una penosa desilusión: no es más que una recopilación de 150 famosas partidas de ajedrez. El Dr. B. se dispone a reconstruirlas para escapar de aquel horroroso vacío. La colcha cuadriculada hará las veces de tablero; de su pobre comida reserva la miga del pan para modelar las piezas y el polvo de la habitación le servirá para distinguir las negras de las blancas. Para reconstruir la primera partida debe empezar de nuevo hasta veinte veces; a los seis días puede reconstruir cualquiera de ellas sin errores, a los ocho puede prescindir de los cuadros y de las figuras de miga. Puede jugar al apedrez sin ajedrez.

Una vez agotadas las 150 partidas del libro, el Dr. B. cae inevitablemente en una situación absurda. Hermógenes subrayó con lápiz rojo el siguiente pasaje:

> "Pretender jugar al ajedrez contra uno mismo resulta tan paradójico como querer saltar sobre la propia sombra... Pero —explica el Dr. B.— no tenía otra opción que ese sinsentido para evitar caer en la locura o en un completo marasmo espiritual. En mi terrible situación me veía obligado a intentar por lo menos una separación de mi Yo en un Yo-Blancas y un Yo-Negras para no ser aniquilado por la horrorosa nada que me circundaba... Todo esto parece carecer de sentido, y, en efecto, semejante esquizofrenia artificial, semejante desdoblamiento de la conciencia sería inimaginable entre hombres normales y en circunstancias normales". (*)

Para Hermógenes lo realmente inimaginable (según lo anotado al margen con el mismo lápiz rojo) es que se den las circunstancias normales para que se pueda hoy *jugar* al ajedrez y *hacer gran fiesta.*

(*) Stefan Zweig: "Novela del Ajedrez" (Schachnovelle) Fischer Verlag 1943. El autor afirma: "Yo juego al ajedrez en el verdadero sentido de la palabra", y de paso se pone a jugar con el idioma cuando dice "...mientras los otros, los verdaderos jugadores de ajedrez, "ernsten" ajedrez, para introducir en la lengua alemana una nueva y atrevida palabra". (El término inventado por el autor vendría a significar tomar en serio en oposición a "spielen", jugar).

CRIMEN ROBADO

Subió al tranvía sin importale qué destino llevaba, y se bajó en cualquier parte. Sintió bajo las suelas gastadas las turgencias de los adoquines calientes aún, después de aquel día bochornoso de diciembre. Se sentó en el cordón de la vereda para aflojarse las cintas de los zapatos y se quedó un rato allí, mirando las copas de los plátanos iluminadas por los altos faroles de la avenida. Nadie transitaba por las aceras sombrías. Puertas y ventanas estaban cerradas. Era casi medianoche. Pero esta vez vencería al insomnio; caminaría hasta el agotamiento, y cuando se tirara sobre la cama no lo incomodaría tanto el calor del colchón de lana ni los olores ácidos que subían de la cocina. No pedía más que poder dormir un par de horas de corrido. Nada más que un par de horas, hasta que algún anciano lo llamara para que le alcanzara el orinal, otro, para que le cambiara las sábanas empapadas, aquél, para que le diera la primera toma de su medicina, éste, para que le masajeara la espalda. Le inspiraban aversión y también envidia, porque consideraba que era más llevadera que la suya, la existencia de aquellos desgraciados que no acababan de morirse (y cuando alguno expiraba, venía otro a reemplazarlo de inmediato).

Pasó un tranvía sin pasajeros, con el *motorman* tieso y el guarda adormilado. Tal vez fuera el último. Mejor así. Eso lo obligaba a caminar y a distenderse. Cuando el golpeteo de los hierros aún no se había ahogado en la distancia, oyó voces y risas medio contenidas. No logró averiguar de dónde procedían. Posiblemente de alguna habitación a oscuras, con las ventanas abiertas de par en par y las celosías cerradas, o el caso de algún balcón donde trasnochaba gente sin sueño y agobiada por el calor. Se reían de él: un hombre sin perro. A esa hora no se podía salir sin perro, sin llamar la atención. El no tenía. Solo un gato medio ciego que lo esperaba estirado sobre la colcha. Se arrimó a la pared y apuró el paso para escapar a las miradas curiosas.

Pasó junto a las verjas del Parque Central. Los grandes portones de hierro abiertos, como siempre. Contuvo el impulso de internarse por la avenida de plátanos y caminar hasta el monte de pinos junto al viejo estadio de madera. El lugar le traía recuerdos gratos: allí había ganado sus primeros reales ayudando a despachar naranjada durante los partidos de fútbol. Pero ahora estaba oscuro, demasiado oscuro. Aún se veía a ambos lados del portal restos de carteles de toros impresos en azul. Las últimas corridas se habían realizado el verano anterior, en el ruedo adyacente, pero esas lidias no tenían ningún interés para él porque se respetaba la vida del toro.

Siguió caminando. Ahora se aproximaba a las luces del Hospital Militar.

Más allá de la avenida Larrañaga, se espesaban las sombras y el silencio parecía definitivo. La mayor parte de los faroles estaban apagados o habían sido destrozados por pedradas certeras. Se le ocurrió que podría ser atacado por patoteros; pero quién podía adivinar que un caminante solitario se desplazaba en la tiniebla. Además no llevaba reloj y tenía poco dinero. Esas carencias lo ayudaban a sentirse seguro. Caminaba por la zona de mansiones rodeadas de jardines. El perfume de las plantas, confundido con el de la tierra húmeda, le hacía bien, lo reconciliaba momentáneamente con el mundo, pero más adelante, después de cruzar el camino Propios, volvió a sentir la sensación sofocante. Se desplazaba por veredas desniveladas; los jardines eran más pequeños, hasta que ya no hubo jardines sino series de casas de una planta. El mismo frente repetido, idénticas las puertas, de doble hoja, altas y angostas y con llamador de bronce; el escalón de mármol, gastado en el medio; las rejillas de los respiraderos de los sótanos, todas iguales. Había más luz que en el sector de las mansiones, pero solo servía para mostrar la fealdad de las casas de clase media. En una esquina acababan de cerrar un bar; por debajo de la cortina metálica salía un torrente de agua jabonosa con creolina.

Tenía la boca reseca. Buscó un caramelo de menta en el bolsillo del pantalón, le quitó la envoltura de celofán, se lo llevó a la boca y lo chupó lentamente. Se sucedían puertas cerradas. No todas. A media cuadra de distancia, la luz de un zaguán proyectaba un rectángulo amarillo sobre la vereda. Quiso mirar, por curiosidad, por tratarse de la única puerta abierta. Un novio se estaría despidiendo, o visitas de últi-

ma hora; tal vez hubiera enfermos y esperaban al médico... Quedó inmóvil en medio del rectángulo amarillo, fascinado por aquel cuadro. Tuvo intención de llamar a los de adentro. A través de los vidrios de la puerta cancel vio dos mujeres, al final de un largo pasillo. Escuchaban por la radio un vals de Canaro. Una de ellas hacía tejido de ganchillo y la otra, con un codo apoyado en el borde de la mesa leía una revista. No supo qué hacer: si golpear el llamador, o abrir la cancel y gritarles, o huir antes de que alguien lo viera.

Imposible huir. Lo retenía una atracción irresistible. Se atrevió a trasponer el umbral. No cabía duda de que el hombre estaba muerto. Tenía la serenidad de los mártires de las estampas. No presentaba señales de lucha. El asesino lo había tomado de sorpresa. Conservaba los anteojos en su lugar; bajo los cristales de aumento, montados en armazón de metal plateado, brillaban unos ojos muy claros, como esferas de agua.

La herida en el costado izquierdo sangraba poco; tal vez la impresión y no la herida había puesto fin a la vida del anciano, sobre cuya calva se posaba una mosca.

El arma homicida, una sevillana de hoja labrada y mango de hueso, había sido abandonada sobre el escalón, junto al marco de la puerta, por el criminal, acaso involuntario; se trataría de un rapiñero inexperto, o simplemente de un loco.

Se agachó para recoger el arma; sintió deleite al empuñarla, y la acercó al pecho del muerto para probar el filo en uno de los tiradores que levantó hasta que el elástico se cortó y sonó como un latigazo.

Cuando alzó la cabeza vio la cara desfigurada por el espanto tras los cristales de la cancel. Mientras la mujer gritaba como loca, él se incorporó pesadamente, cerró la sevillana, la guardó en el bolsillo y se retiró sin prisa. Dobló la primera esquina y anduvo hasta dar con un boliche abierto en el que dos parroquianos comentaban con el dueño la persecución y entrada a puerto del acorazado alemán. Se hizo servir una cerveza y la bebió de a sorbitos. Se sentía reanimado, con el convencimiento de que a él tampoco le hubiese faltado coraje para ultimar al hombre. Y de haberlo hecho, hubiera confesado lisa y llanamente y aun inventado agravantes, aunque más no fuera para mortificar a los ancianos que se horrorizarían de pensar que habían convivido tanto tiempo con un criminal; y ya no podrían dormir, y si lo lograban ten-

drían pesadillas en las que él los visitaría noche a noche empuñando una gran navaja. Pero, pensándolo bien, en la cárcel la pasaría mejor, mucho mejor. Podría dormir largas siestas, comería siempre a la misma hora, y se haría de amigos, por qué no. Además le darían la oportunidad de aprender un oficio. La cocinera, era seguro, iría a visitarlo los domingos y le llevaría golosinas y cigarrillos.

Estaba decidido: se haría cargo de esa muerte.

REGRESO AL AQUERONTE

Caronte: Escuchad en qué situación nos encontramos. Pequeña es, como véis, la barquichuela de que disponemos, está un tanto carcomida, hace agua por casi todas partes, y, si se inclina a uno u otro lado, irá boca abajo. En cuanto a vosotros, ¡sois tantos los que habéis llegado a un tiempo, todos con abundante equipaje! Si embarcáis con ello, temo que os arrepintáis después, especialmente todos aquellos que no sabéis nadar.

LUCIANO, "Diálogos de los Muertos", X.

Lo volvió a ver desde lo alto de las dunas; recién entonces reparó en el color violáceo que contrasta con el ocre pálido de las colinas de arena, que parecen inmóviles, pero que son empujadas muy lentamente por el viento débil e incesante. Le pareció un vino derramado y triste. Si alguien le hubiera preguntado antes por el color del río, no hubiese sabido contestar con certeza, pues conservaba un recuerdo borroso. Habría dicho que era pardo, o gris oscuro, o un agua sucia de color indefinido en la que flotaban restos de naufragios. Pero jamás color de vino. Tal vez había cambiado con el tiempo. El viento rizaba apenas la superficie. Linfa espesa, río muerto, casi pantano. Si no fuera por los maderos que se movían pesadamente hacia la curva pronunciada en la que el río desaparecía tras las dunas, se diría que no tenía corriente. Verlo otra vez, no le produjo ni pena ni alegría; tampoco sintió demasiada curiosidad por averiguar quiénes eran aquellos que se agolpaban en la otra orilla a la espera de la barca. Abundaban los rostros ensangrentados y cubiertos de vendajes, los cuerpos mutilados. Algunos estaban completamente desnudos, otros, envueltos por largas capas. Los veía con nitidez a pesar de la distancia. Desde que se encontraba allí sufría de miopía como todos los que han cruzado el río. Por eso no podía distinguir con claridad los detalles próximos. A menos de tres brazas los rostros se desdibujan por completo, pero a medida que aumenta la distancia, los contornos se aclaran, aunque ya no es posible reparar en los detalles. Todos parecen tener la misma cara, la misma voz, el mismo color terroso.

Hubiera jurado que la distancia entre una y otra orilla era mayor, al menos eso le había parecido cuando esperaba la barca. No podía

imaginar cuánto tiempo había transcurrido desde entonces. Cinco, diez, veinticinco años... Carecía de referencias; había perdido la noción del tiempo.

El cruce lo había hecho en compañía de un leproso, una monja, una madre muy joven con su hijo recién nacido, dos prostitutas, un sastre de París, un sodomita calcinado, un banquero de Granada, una niña que cantaba loores a la Virgen, y algunos otros que había olvidado. El fue el único poeta en ese viaje. A pesar de los esfuerzos enormes del barquero gigantesco, inexpresivo y pálido, la barca apenas se movía. La ansiedad por alcanzar la otra orilla para emprender el largo camino que lo condujera ante la presencia de la Amada, le hizo pensar que jamás llegarían a la playa, siempre distante, rodeada por altas dunas. Mientras la niña repetía hasta el cansancio su breve repertorio de loores, el poeta repasaba mentalmente el mapa del otro mundo, círculo por círculo, en cuyo relevamiento había perdido los mejores años de su vida, hurgando aquí y allá, sin desdeñar las fuentes griegas ni las musulmanas, en procura de datos fidedignos. Contrariamente a lo que había soñado alguna vez, nadie lo guiaba. El barquero, solícito en contestar cualquier pregunta que le hicieran, le aseguró que no necesitaría guía. Pensó el poeta que el camino no ofrecía mayores dificultades, y que ascendería a la Luz y a la visión arrobadora, poco a poco, y durante el tiempo necesario para purificar el alma.

Por fin llegaron. Los viajeros se dispersaron entre las dunas, pero el poeta se detuvo en la playa, la mirada clavada en una huella de la niña que se alejaba cantando. Con el mentón apoyado en una mano, dedicó sus primeros pensamientos a la Amada que lo esperaría en la cima del Purgatorio. Emprendió la marcha, lo recordaba bien, detrás del leproso que, con los brazos extendidos, invocaba a San Francisco. Cuando el leproso desapareció en una hondonada, el poeta volvió a sentir el placer de la soledad. Advirtió una leve molestia en los ojos, los cerró en procura de alivio, y repasó una vez más el itinerario que habría de seguir. Al abrirlos, comprobó que su visión de las cosas próximas (su túnica, sus miembros, la arena que pisaba), había disminuido considerablemente. Lo interpretó como un anuncio de que, en adelante, solo la visión de lo distante y elevado era lo que importaba, sin sospechar que eso llegaría a ser la causa de sus mayores angustias. Traspuso varias dunas, entre las que vio algunos grupos silenciosos; se acercó a ellos, pero a

medida que se aproximaba se le iban borrando los rostros. Preguntó por el camino, pero nadie entendía su lengua. Más adelante encontró a un anciano sentado sobre un montículo, que le contestó en latín que no había camino. No le creyó, y continuó la marcha hasta las últimas elevaciones desde donde divisó la llanura, la interminable llanura cubierta por una multitud abigarrada, como jamás hubiera imaginado. Algunos permanecían inmóviles, otros, tal vez los recién llegados, se movían con afán en busca de alguien. Un rumor, como el de un trueno distante y prolongado, subía hasta el poeta para ahogarle las esperanzas. Ella estaba entre la multitud, sin duda, ¿pero cómo encontrarla? Envidiaba a los pocos que permanecían abrazados, eternamente abrazados después de un encuentro fortuito. Más allá del horizonte lívido, apenas visible a la luz mortecina e invariable, de origen desconocido, la muchedumbre se extendería hasta límites insospechados. Descendió sin prisa para confundirse con la humanidad pretérita, y anduvo y anduvo sin que en su corazón se disipara totalmente la esperanza de encontrar a la Amada. Iba gritando su nombre; muchas mujeres acudieron, y aunque no distinguía sus rasgos, no tardaba en comprobar que no era ninguna de aquéllas. Caminó, no supo cuánto, porque no era posible medir ni el tiempo ni el espacio; caminó hasta que la muchedumbre fue raleando; hasta que dentro del círculo del horizonte no hubo más que medio centenar de almas, luego fueron veinte (podía contarlas sin dificultad); hasta que no hubo más que él y una figura encorvada que se perdía a lo lejos. Cuando quedó completamente solo en medio de la llanura, quiso rezar, pero no supo a quién.

Siguió caminando sin rumbo. Era lo mismo que quedarse inmóvil. Para sobrellevar el tedio, repasaba verso a verso su geografía rimada del *otro mundo,* el que él había imaginado y tuvo por cierto durante su vida terrena. Sólo había acertado en lo que tenía que ver con el río y el barquero. Jamás hubiera soñado que lo esperarían una muchedumbre sin rostro y un desierto.

Anduvo sin parecerle que andaba, hasta que divisó a lo lejos a un hombre que corría perseguido por otro. La distancia entre ambos era constante, aproximadamente media milla. Corrían en amplios círculos sin alcanzarse. Cualquiera de los dos podía ser el perseguido o el perseguidor. El poeta llegó a contar ochenta y siete vueltas antes de que ambos

se perdieran en cualquier punto del horizonte. Supuso que serían Caín y Abel.

Más adelante aparecieron otras figuras aisladas, y luego, grupos más numerosos hasta que volvió a encontrarse en medio de la muchedumbre. Cuando advirtió que algunos caminaban afanosamente en el sentido contrario al que llevaban sus pasos, se dio cuenta de que se hallaba cerca del Aqueronte.

Lo volvió a ver desde lo alto de las dunas. Nada había cambiado —creyó al principio—, desde aquel viaje en que la niñita cantaba loores y el leproso se consolaba comprobando la inmaterialidad de sus llagas. Bajó hasta la orilla y reconoció la barca que lo había traido, con un rumbo en el casco, cerca de la proa. Los restos de otra barca, con el mástil quebrado y la vela hecha jirones, emergían de la arena. A esa la recordaba bien. Ya estaba allí cuando llegó desde la orilla opuesta, donde ahora se agolpaba una multitud en la que abundaban los cuerpos ensangrentados o mutilados. Se preguntó cómo harían ahora para cruzar el río. Acaso el barquero había abandonado su penoso oficio al quedarse sin barca; tal vez tenía otra y seguía una ruta diferente, pues las dunas habían avanzado sobre esa parte de la costa. En efecto, la otra barca no tardó en aparecer por un recodo. Era más grande y oscura que las otras y tenía casco de metal. También un mástil, pero la vela no era de tela sino de humo. No acertaba a explicárselo. El barquero parecía el mismo, tan pálido e inexpresivo como antes. Pero no empuñaba el largo remo, sino que iba parado en la popa, haciendo girar lentamente una rueda vertical. De pronto el poeta sintió un estremecimiento; era la primera emoción que experimentaba desde que el cura le había administrado la extrema unción: sobre el casco oxidado creyó leer el nombre de la Amada. El lapso que demoró el barquero en recoger a los desdichados y volver, le pareció la eternidad. Caminó hasta el lugar donde supuso que desembarcarían. Lo animaba el deseo de develar el misterio de aquel nombre.

Apenas el barquero echó el ancla, los más jóvenes, sin esperar que fuera colocada la rampa entre la borda y el muelle de madera, se descolgaron por los costados y, con el agua hasta la cintura, avanzaron hacia la playa, queriendo ser los primeros en subir a las dunas para ver el paraíso. Ninguno de los que se detuvieron un momento a contemplar el contorno entendió cabalmente los términos con que se expresaba el

poeta, aunque más de uno parecía hablar la misma lengua. Por un romanista alemán que se lo explicó en un latín impecable, el poeta se enteró que Europa se hallaba asolada por una contienda sangrienta. Se asombró al oír el año de la fecha: 1916. Habían transcurrido seis siglos.

Sin responder a las preguntas del profesor, se internó en las aguas con las manos extendidas hacia el nombre en relieve. Pero a medida que se acercaba las letras se volvían borrosas para confundirse en una mancha larga y blanquecina. Las repasó una y otra vez con los extremos de los dedos, y comprobó al fin que no era el nombre de la Amada, sino el de una estrella de la constelación de Orión: Bellatrix. Aquel nombre palpado alimentó sus sueños, avivó en su mente el gusto por los símbolos.

Amó la nave y le pidió al barquero que lo dejara quedarse en ella. Su asombro fue inmenso al enterarse de que la nave no era impulsada por el viento ni por el remo, sino por el prodigio de la llama que extraía poderes mágicos del agua. Entonces quiso ser fogonero, para contemplar la llama y poder revivir en ella las infinitas imágenes soñadas.

Se sentía dichoso cuando recorría la playa recogiendo los maderos traidos por el río que descendía del Océano, y que después eran arrojados por su mano en el fogón de la caldera.

Se hicieron amigos con el barquero, que nunca había tenido con quien conversar cuando iba a buscar a los que esperan en la otra orilla.

El barquero recuerda a cada uno de los viajeros; cuando ambos descansan un poco, después de cada travesía, sentados sobre el casco roto de la vieja barca, en la que viajó el poeta y antes la Amada, el poeta le pide al barquero que se la describa. Y el barquero repite una y otra vez las mismas palabras, y el poeta cierra los ojos y la ve sentada entre el verdugo y la loca. La joven canta a media voz, mientras sus dedos juegan con los rizos que caen sobre el sudario. El poeta le pide al barquero que suprima al verdugo y a la loca; pero el barquero insiste en que no es posible, porque si no menciona a cada uno, los olvida y si los olvida es lo mismo que si nunca hubieran viajado con él; de modo que la loca y el verdugo volverían a aparecer entre los que esperan en la otra orilla, porque tienen que figurar en la nómina de los muertos que guarda en su memoria.

—Entonces, barquero, no la menciones a Ella. Olvídala, te lo suplico, barquero.

El barquero guarda silencio, y echa a andar hacia el vaporcito. Ha

llegado el momento de zarpar nuevamente. Al promediar la distancia entre las dos orillas, el poeta emerge del casco, se acerca al timón y le dice al barquero:

—Cuéntame, barquero.

Y él empieza a contar.

—Recuerdo que en aquel viaje crucé a un obispo, tres gibelinos, dos güelfos, un vendedor de cestas, dos moros, una familia de campesinos, un príncipe chino, y también un verdugo y una loca. Lo extraño es que entre la loca y el verdugo había un lugar vacío, y yo nunca permití que quedaran lugares vacíos entre quienes viajan en mi barca.

79

INDICE

Prólogo 5
El hermano 9
La infancia de Adán 19
El malacara 23
Contrabajo solo 39
El maná 42
Suite para solista 48
La noche del día menos pensado 50
El puente romano 59
El inimaginable juego de Hermógenes 66
Crimen robado 70
Regreso al Aqueronte 74

Impreso en agosto de 1981, en IMCO
Imprenta Cooperativa. Gaboto 1918, Montevideo

Edición amparada al art. 79 de la Ley 13.349
Comisión del Papel

Depósito legal 160.723/81

LECTORES DE BANDA ORIENTAL

SEGUNDA SERIE

/ 3